

NUEVA ESPANA



DIRECTORES: ANTONIO ESPINA, JOSE DIAZ FERNANDEZ

S U M A R I O

Editoriales: *Las fuerzas nuevas; Las reformas de la enseñanza; Los obreros y las circunstancias actuales; La obra de los periodistas.*—*Ideas políticas*, por Julián Zugazagoitia.—*El próximo futuro*, por Jacinto Grau.—*La Unión Monárquica. Cooperativa Local y Nacional de Negocios y Construcciones, S. A.*, por J. de Abendaño.—*Noticias literarias.*—*Ensayo sobre el caciquismo (conclusión)*, por Juan Díaz del Moral.—*Las bajas de la Dictadura Húngara*, por León Blum.—*Romanticismo y naturalismo*, por J. G. Gorkin.—*Rifi-Rafe.*—*Caricatura* por Maside.—*Células al servicio de la justicia*, por Maximiano G. Venero.—*Carta de Berlín: El sentido popular de la crisis*, por F. Fernández Armesto.—*Del viejo al nuevo naturalismo*, por Alfred Doeblin.—*El momento histórico*, por C. Ferga.—*Basch y la democracia*, por Antonio de Obregón.—*Panorama de la nueva arquitectura más allá y más acá de los Pirineos*, por F. García Mercadal.—*Algunos problemas de antropología vistos por un darwinista moderno (conclusión)*, por N. Percas.—*Cinema: La imagen y la luz*, por José de la Fuente.—*Los libros: El Gobierno de los caudillos militares*, por M. G. P.; *El ocaso de un régimen*, por E.; *Trigeminoterapia*, por A. Abaunza.—*El banquete a Marcelino Domingo.*—*El homenaje a Pablo Iglesias.*—*Un Congreso Médico.*—*La Quincena Internacional.*—*Editorial: Un puesto difícil.*—*Información: El parto de los montes; El Gesto de Ghandi; El problema agrario en Rusia.*—*Música: Escarlatti, a través de Casella*, por V. Salas Viu.—*Vida Española: Aragón (Ortol)*, por Augusto M. Alend.—*La unión de las Izquierdas*, por Antonio Espina



EL HOMBRE ARTIFICIAL

AÑO I

NUM. 6

35 CTS.

Ayuntamiento de Madrid

EDITORIALES

LAS FUERZAS NUEVAS

Con frecuencia recibimos manifiestos, cartas y periódicos que dan cuenta de la actividad política de las izquierdas españolas en las distintas provincias. Sobre todo en lo que se refiere a publicaciones periódicas, a pesar de que todavía subsiste la censura, es muy halagüeño observar cómo todas las semanas brota algún nuevo semanario izquierdista, que, por humilde que sea, cumple su obra de propaganda y divulgación.

Es necesario que esta labor se identifique aún más y que los hombres de izquierdas de las provincias españolas se dispongan a actuar de una manera persistente en la Prensa, en el mitin y la conferencia, fortaleciendo el ideario republicano, las organizaciones locales y provinciales y extendiendo los programas renovadores por todos los medios a su alcance.

Sobre todo a la juventud le incumbe intervenir de manera eficaz en esta propaganda, inscribiéndose en los núcleos de izquierda y fundando órganos de opinión que lleven hasta los pueblos más apartados la necesidad de una nueva política de democracia y de intervención en la vida pública. A ellos corresponde combatir al cacique con todos los medios y dar el pecho a las fuerzas viejas que pretenden ahora rehacerse. Hay que arrostrar toda suerte de dificultades y molestias para crear una opinión izquierdista sin contactos con el pasado. La nueva conciencia reside en las fuerzas jóvenes de cada pueblo, que son las encargadas de transmitir alientos y entusiasmos a los antiguos militantes. Los jóvenes deben tener muy en cuenta que son ellos los que han de recibir en depósito los destinos de la España futura, y que todo sacrificio estará compensado con la obra que de modo fatal tiene que llevarse a cabo.

Es preciso, pues, que la juventud se ponga en pie valientemente y que en los momentos próximos de lucha civil tenga preparados sus órganos interventores para que llegue sin tardanza una reforma total de la política española.

LAS REFORMAS
DE LA ENSEÑANZA

Todavía no se nos ha dicho oficialmente que exista una huelga en toda España de alumnos de sexto curso del bachillerato. Son pocos los huelguistas, porque sólo tienen carácter de tal los alumnos oficiales, y éstos, dado el plan vigente, son escasísimos. En Madrid, los centenares de antaño han quedado reducidos a dos o tres docenas por Instituto. Fácil es, pues, ahogarlos en el vacío y hacer que los pobrecitos se consuman en su propia salsa. Pero, pocos o muchos, la huelga tiene un alcance tan importante que queremos hacerlo resaltar.

El plan Callejo tiene como finalidad destruir y desprestigiar los Institutos, como paso previo, y ello logrado, en vista de que no responden eficazmente al

NUEVA ESPAÑA

REVISTA QUINCENA

Año I • 15 de abril de 1930 • Nº 5

Redacción, Administración y Talleres.

ALTAMIRANO, NUMERO 18

MADRID

Teléfonos números 40643 y 40505

Apartado de Correos: 8.046

deseo de una enseñanza, función del Estado, declararla función social, quedando así automáticamente en brazos de las Comunidades religiosas, ya que en las manos de ellas está una parte de la masa escolar, sobre la cual influyen constantemente.

Conseguido esto, los colegios de las Comunidades adquirirían un prestigio y personalidad que hoy no tienen (todo se andará); se lograría la exclusividad de la formación de una juventud, que el día de mañana, más decisivamente que ninguna otra, influiría en los destinos de la nación y, por ende, en los negocios del Estado.

Este es, escuetamente dicho, el nervio del plan de enseñanza vigente, iniciado y concebido en Deusto y El Escorial, que tomó forma en el ministerio de Estado y sacó a luz el Sr. Callejo, tras añadirle unas apostillas que lo acabaron de perfilar...

Ahora entra en acción el Sr. Tormo, el cual, a juzgar por las apariencias, por sus declaraciones y por sus primeros actos explícitos o silenciados, da lugar a la sospecha de que viene a amartillar el plan actual, aunque adecentándole con una fachada europea que en nada altere las orientaciones básicas y monásticas.

¿Cuál es la piedra angular de todo esto? ¿Los exámenes en la Universidad? Sin duda.

Los alumnos piden ser examinados en los Institutos, por asignaturas y por cursos, con profesorado apto para dichos menesteres. No piden clemencia, sino racionalidad en la función.

Es tan lógica esta demanda que el ministro no podría negarla. Pero si accede, sentará un precedente peligroso para la marcha normal de la nueva reforma en gestación.

Si la función del profesor de Instituto es *formativa*, desarrolladora de las facultades del espíritu del alumno, tendiendo más, mucho más, a enseñarle a pensar, a discurrir, a obrar como hombre y como ciudadano que a saturarle de ciencia, ¿por qué quiere suplantársele en la función examinadora por un profesor universitario, que nada tiene que ver con esta clase de enseñanzas, aunque sea un profesor eminentísimo?

Si se quiere separar la función docente de la examinadora (es un criterio muy atendible), ¿por qué no se hace este criterio norma general también para Uni-

NUEVA ESPAÑA

versidades, Normales, Escuelas de Comercio, etc., etc.?

Vemos una excepción con los Institutos y que quienes defienden este criterio de exámenes en la Universidad son las mismas entidades y personas que trajeron el plan actual.

Las cuestiones de enseñanza están tomando un cariz marcadamente político, y es preciso que se adopten actitudes claras, muy claras, que no se presten a ninguna clase de equívocos ni a maniobras de carácter reaccionario.

LOS OBREROS
Y LAS CIRCUNSTANCIAS
ACTUALES

Hay que registrar con alegría la actitud de los diferentes núcleos obreros ante las circunstancias actuales. En alguna otra ocasión hemos dicho que si se quiere ir a una auténtica transformación de la vida española es preciso contar con las organizaciones proletarias, cuyas fuerzas, no sólo por su cantidad, sino por sus virtudes intrínsecas, representan el mejor instrumento de renovación práctica en el país. Hasta 1923, los obreros estuvieron residenciados por los elementos directores de la vida española, que no supieron jamás interpretar el sentido de los movimientos populares. Si se quiere conseguir la existencia de más izquierdas sanas, fuertes, capaces de llegar hasta sus últimos objetivos, hay que incorporar de modo total a la vida política de nuestro país a los elementos trabajadores.

Queremos recoger, porque representan un alentador ejemplo en estos instantes, dos actitudes de gran significación para las luchas de todo carácter que se avecinan. Nos referimos a la actitud de la Unión General de Trabajadores y de la Confederación Nacional del Trabajo. Aunque el primer organismo está integrado por fuerzas de diferentes tendencias sociéticas, sus dirigentes, que pertenecen al partido socialista, han expresado en los últimos actos en memoria de Pablo Iglesias—para cuya figura y cuya obra tenemos la máxima admiración—que los obreros están dispuestos a toda clase de alianzas con las demás izquierdas políticas. Creemos que los partidos republicanos deben recoger a toda prisa tales propósitos y establecer un contacto estrecho con los obreros organizados. Para cuanto sea contribuir a que un régimen de verdadera democracia se establezca en España con urgencia, todos los núcleos izquierdistas deben ponerse de acuerdo. Incluso para acudir a unas elecciones, si éstas ofrecen al cuerpo electoral y a las minorías dirigentes las garantías de solvencia y moralidad política que son exigibles en todos los momentos.

Por lo que se refiere a la Confederación del Trabajo, tenemos delante un manifiesto, publicado por el Comité de la Confederación, que tiene verdadera trascendencia. En este documento, donde se expone con gran claridad el problema político de España, se dice que la C. N. T. debe proclamar su solidaridad circunstancial con todas las fuer-

zas políticas y sociales que coincidan en el punto concreto de exigir la convocatoria de Cortes constituyentes que liquiden el pasado y abran nuevo cauce a la corriente del pensamiento moderno.» Estas manifestaciones son bien explícitas. ¿Cómo los partidos de izquierda no han iniciado ya las conversaciones con la Confederación Nacional del Trabajo para establecer el pacto que se indica en el manifiesto? Es indispensable que esto se haga, si no se quiere desaprovechar la buena disposición de la clase trabajadora organizada en sindicatos, cuyas conclusiones son las siguientes:

«La Confederación apoyará a la opinión del país en todo esfuerzo tendente a que sean convocadas unas Cortes constituyentes.

Al restablecimiento de las garantías constitucionales y todos los derechos de ciudadanía.

La más absoluta y estricta libertad sindical.

El respeto a la jornada legal de ocho horas y a todas las reivindicaciones que teníamos conquistadas.

La libertad de todos los presos políticos y sociales y la revisión de procesos.»

Es de esperar que esas izquierdas políticas españolas se den cuenta de la disposición de ánimo en que se encuentran las clases trabajadoras para resolver el actual problema político de España.

LA OBRA

DE

LOS PERIODISTAS

Se ha inaugurado el Palacio de la Prensa, magnífico esfuerzo de la Asociación de Madrid. Pero lo que lamentamos es que se haya inaugurado con censura. El Gobierno actual, que tiene el propósito de dar libertad a la Prensa, según ha manifestado reiteradamente, debió hacer coincidir este acontecimiento con el levantamiento de la censura que los dictadores establecieron hace cerca de siete años.

La Prensa española, y por lo tanto la madrileña, está en condiciones de seguirse siempre por sí misma. El propio general Primo de Rivera hubo de reconocer en muchas ocasiones que era la nuestra una de las más honradas del mundo. Los periodistas que han logrado construir ese edificio modelo, han progresado igualmente en el orden técnico y moral, aunque va no se puede hablar de que las plumas están recidas por los virreyes de la política. Necesitan, sin embargo, los periodistas toda la libertad que garantizan en el mundo los derechos del hombre para que su función dentro de la vida pública pueda desenvolverse con la fecundidad propia de la letra de molde. Además de esto, conviene observar que el lujoso edificio de la Gran Vía no significa el último paso en la obra de los periodistas profesionales. Es preciso extender la cooperación hasta lograr que el periodista tenga todas las garantías económicas posibles en caso de enfermedad, de cesantía y de vejez. Hasta ahora, sólo existe el fondo de socorro de la Asociación, que no basta para llenar las necesidades profesionales.

IDEAS POLITICAS

REVISADO POR LA CENSURA

¿Quiénes son los socialistas? Pues los socialistas son unos señores que navegan a favor de corriente y a quienes el naufragio de nuestra civilidad les tiene sin cuidado. Filosofía del estómago. Su doctrina nacional está hecha con zumos concentrados de egoísmo. Sálveme yo y hún-dase el Universo. Tal es la respuesta más corriente, y no hay que decir si equivocada. Equivocadísima. Respuesta de cuantos no se han tomado la molestia de analizar las razones de la política socialista en estos últimos años. ¿Quiénes son los republicanos? ¡Bah! ¿Y quién se ocupa de ellos y los toma en serio? Los republicanos son Don Nadie. Incapaces de una organización de fuste y, además, atiborrados de prejuicios burgueses, encariñados no más que con las formas externas de todo régimen republicano. No hay forma de fiarse de un republicano. El viento de cada cuadrante le da un color distinto. ¿Y los universitarios? Respues-

ta: Debajo de la agitación escolar no hay nada. Si acaso la afición, tradicional, a las algaradas. Menos clases y más billares; menos disciplina y mayor holganza. Ya iremos viendo encajarse en la vida a los universitarios de hoy y asumir los sentimientos conservadores de sus papás. Se salvará una ínfima minoría que, a la postre, después de reñir inútilmente con el medio, tomarán el camino de las menores resistencias, como esos héroes barojianos. ¿Sindicalistas? ¿Comunistas? ¿Liberales? Ni hablar, ¿para qué? Tal es, sumariamente, la opinión de muchos hombres de izquierda que juzgan, con la mejor buena fe, pero también con la mayor estupidez, con el mismo naipe dinástico del más acendrado monárquico. Y omitimos, deliberadamente, otras opiniones de mayor eficacia monárquica. Dígasenos si no tenemos más de una razón para consentir que el pesimismo nos invada y nos enfríe la pluma, acostum-



MARCELINO DOMINGO

A cuyo homenaje nos referimos en la página 24

Ayuntamiento de Madrid

EL PROXIMO FUTURO

por JACINTO GRAU

Mientras más grande es el hombre, más fácilmente lo alcanzan los dardos de la burla: a los enanos es muy difícil apuntarles.

HEINE

La idea de futuro social es siempre algo contrario a la precisión. Nada más contingente que las previsiones, aunque se apoyen en el buen juicio y se basen en el mejor cálculo de probabilidades. La idea, tan traída y llevada en nuestro tiempo, de enterrar lo pretérito en busca de originalidades que se acoplen a lo inquieto de la conciencia moderna, ha sido una idea tópico, hasta el presente, sentida en todo el Occidente civilizado. Ya un agudo escritor germano, de principios del aborrecido siglo XIX, escribía a un amigo: «Mi frecuente cambio de opiniones me da idea de la remoción que existe en el pensamiento actual: lo que admiramos ayer lo odiamos hoy, y mañana quizá nos hará sonreír con indiferencia.» Lo que no le impidió al mismo autor escribir en una de sus páginas famosas: «Muchos grandes hombres han pasado ya sobre la Tierra, y aquí y allá percibimos, de tiempo en tiempo, las huellas luminosas de su paso. En las horas solemnes se nos aparecen, cual vapores fantasma fugitivos; pero el hombre grande ve perfectamente a sus gloriosos predecesores: le basta una chispa para reconocer su influencia secreta, y la tradición de una sola de sus palabras le muestra hasta en sus repliegues profundos los corazones. Y merced a esta compenetración sublime viven en la intimidad misteriosa los grandes hombres de todos los tiempos y se saludan a través de los siglos sobre las generaciones que los separan.»

Estas dos ideas, la de librarse de todo atadero y prejuicio sentimental del ayer, y la de empalmar en una dirección luminosa en el tiempo las grandes representaciones del pensamiento de los elegidos, siguen siendo monótonamente hasta ahora, sin cambio notorio, las dos tendencias eternas: el sentimiento de lo histórico y el sentimiento de lo presente, rebelde a todo pasado, presente fugaz,

destinado fatalmente a ser también historia en breve tiempo.

Pero, actualmente, formas que algunos llaman viejas, colectivismo, socialismo, comunismo y el gran pleito entablado entre el capital y el trabajo, dan a nuestros días un tono diverso a la realidad histórica conocida hasta ahora. No se trata de filiar aquí el conocido origen de estos ismos, ni de recurrir a las consabidas Grecia y Roma, clásicas madres fecundas de casi todas las ideas presentes. Tampoco viene al caso el creciente predominio industrial, que ha contorneado el moderno socialismo en todos sus grupos y subgrupos, ni para el objeto de estas líneas importa contar el número de años transcurrido desde que Carlos Marx formuló, en su trasegada obra *El capital*, las bases en que se apoya la revolución rusa. Lo insólido hasta ahora es la implantación violenta—sean cuales fueran las circunstancias—de un régimen comunista en un país no bien apto para el intento, por ser mucho más agrícola que industrial, lo que ha dificultado el ensayo, y a pesar de ello, la persistencia y afianzamiento de ese régimen contra todas las previsiones de los que se llaman sensatos y contra la general y activa enemiga de dos mundos: Europa y América.

Pero los hechos en sí, una vez consumados, pertenecen ya a lo histórico. No son interesantes por su génesis y su morfología, faltos de perspectiva espacial, sino por su vitalidad y encaje con las realidades presentes que se nos alcanzan.

Dos características visibles ofrece el Occidente europeo. De un lado, vejez. Resonancias estrepitosas y débiles de una organización social en crisis. Chirridos de vieja máquina cansada, rebelde a todos los desgastados lubricantes de la retórica agotada. Ocaso irremediable de ídolos vetustos. Algo así como un Mundo víctima de una arterioesclerosis irremediable. De otro lado, la aurora de un renacer vital, dispuesto a abandonar el viejo tinglado de una farsa ya sin prestigio, gastada en miles de representaciones, agotada ya por una tradición donde no caben sorpresas. Nietzsche vió ya bien claro, en el pasado siglo, en su *Genealo-*

gía de la moral, el próximo imperativo de una revisión y transmutación de valores. En la dirección de esa transmutación estriba hoy, en el escenario del Mundo, el problema capital.

El gran museo de la Historia, repleto de ideales archivados, apenas sirve a la nueva concepción del Mundo. La actual Humanidad, en su representación más activamente viva, tiene unos nervios tensos incapaces de confinarse en la metafísica y en la religión. Ambas precisan de un ocio y de una resignación fuera del ritmo de los tiempos. El actual espíritu pragmático y práctico sólo entiende de lo presente: de los problemas del instante, de la peripecia y de la aventura. Se soslayan todos los paraísos sentimentales, sólo posibles en un futuro de ultratumba. El hablar de ello hoy suena a insoportable charlatanismo en todo oído fino. Sólo interesan hoy aquellos paraísos posibles en la Tierra. La biología va sustituyendo a la moral circunstancial y aleatoria. Surge el predominio de la masa. Ella, hasta ahora, ha sustentado el peso vivo y el peso muerto de una sabia organización social cerca ya de la decrepitud, término de todo lo que vive. En este futuro imperio de los más, gobierno de multitudes, el héroe y lo que se llaman hoy «minorías selectas» actuarán en el anónimo, sin el lastre de la vanidad. Sobrevendrá el ocaso de los mortales aislados y distinguidos que siguen practicando el precepto horaciano: el odio al profano vulgo. Pero el vulgo de mañana probablemente no será el de hoy. Habrán desaparecido muchos actuales opios enervadores. Los humildes de antaño no serán aquellos espectros resignados que despreció tan olímpicamente Goethe. El Júpiter de la poesía a que aludimos no habrá conservado, como hasta ahora, limpia la frente altiva. Habrán llegado quizá hasta ella las injurias de los rebeldes. No serán visibles tal vez los gigantes, pero desaparecerán también los enanos. Y se resolverá la ecuación, tenida por insoluble, planteada agudamente en un magistral ensayo sobre Montaigne, del Carlyle norteamericano: el desprecio irreductible entre dos viejas castas, la que hace y sostiene todo el mundo materialmente sensible y la que se refugia en una aristocrática soledad para comprenderlo. La reducida y orgullosa familia platónica y la ávida especie activa con horror al vacío y un amor instintivo y frenético a gozar prácticamente la divina fugacidad de los instantes que viven bajo el sol.

brada a temas de pasión y de pequeña violencia.

Y, entre tanto, los problemas esperan, diferidos para cuando cesen las discusiones bizantinas, una educación plena. Aguardan a que podamos tomarlos en serio. Encerrados en nuestras convicciones, prisioneros de ellas, no osamos preterirlas circunstancialmente para una labor urgente, inaplazable, que nos devuelva la dignidad civil. El dogmatismo nos ciega, cerrando el camino de toda acción oportu-

nista. Teóricamente, estamos propicios a toda fusión; prácticamente, todas son imposibles. Pedimos de afín lo que no somos capaces de entregarle, y él nos pide lo que se niega a darnos. Teoría, mucha teoría. Con ella justificamos nuestra buena disposición. Parece como si lo único que nos preocupase hondamente es poder oponer de reproche de mañana estas declaraciones de hoy: —Nosotros quisimos. Y en este preparar las disculpas está la sustancia de nuestro desalien-

to. ¿No dicen ellas que la batalla está perdida antes de darse? Cuando comparezcamos ante el mañana, malograda toda oportunidad, desalentada la esperanza, tendremos que resignarnos a que no nos sirvan de nada las disculpas de hoy... Pero no vaticinemos. Que no se nos apague, definitivamente, la lucecita de la esperanza. Confiemos en que el deber de la hora nos coloque sobre las diferencias y los recelos.

JULIAN ZUGAZAGOTIA

Ayuntamiento de Madrid

LA UNION MONARQUICA

Cooperativa local y nacional de Negocios y Construcciones, S. A.

por J. DE ABENDAÑO

Los ex ministros civiles (¿) de la dictadura han lanzado un llamamiento para la formación de un partido monárquico—ni que decir tiene que impunita—, humorísticamente calificado de constitucional y aun creemos que de parlamentario. En el fondo, se dice que éste se propone ser el partido de la reconstrucción española... Ante empeño tan grotesco, dadas la significación y carencia de personalidad de los aludidos, debería ser ocioso el comentario en un país seriamente ejercitado en la política. No obstante, la dictadura creó tal maraña de intereses bastardos, y de tal modo entregó durante más de un lustro el usufructo de la cosa pública a las gentes más turbias del país, que no estará de más puntualizar un poco en torno al propósito, cuyo simple enunciado supone una verdadera desfachatez, posible sólo donde, como aquí, un «sirocco» político como el pasado haya dejado todo confundido y amargo.

En primer término, ¿qué significaban los secretarios de despacho del dictador, tan oscurecidos hasta que la voluntad de éste los levantara de la nada?

Si repasamos la lista de quienes desempeñaron aquellas modestas funciones a la voz de mando del difunto general, sólo encontramos en ella una personalidad y media: el ex gobernador, eufémicamente llamado civil, de Barcelona, general Martínez Anido, y el ex joven Maurista señor Calvo Sotelo. Excluido éste moralmente del primer plano, según se afirma, por una carta que casi «in artículo mortis» escribió el ex dictador, condenando el nuevo cauce por el que el ex ministro de Hacienda canaliza sus actividades—razón por la cual, seguramente, se alza sobre el pavés al conde de Guadalhorce—, la figura de Martínez Anido se amplifica en las sombras como la de significación más precisa, que imprime carácter, quieran o no, a los hombres de paja que forman el resto del equipo. Socialmente ya sabemos, pues, a qué atenernos, y un indicio más lo constituye la eliminación voluntaria del señor Aunós, cuya presencia, por haber iniciado la organización corporativa, es incompatible con la del animador de los Sindicatos Libres.

Pero Martínez Anido es un general y además su «estilo» se aviene mal con la actuación arrojada y sujeta a la crítica que la oposición impone. La ideología y la «manera» del salvador del orden necesitan para brillar en todo su esplendor—como el hongo del mantillo—de cuanto el poder significa en los países en que la irresponsabilidad es dogma: cuantiosos fondos secretos, brigadas de espías, delatores y fuerzas de choque y, sobre todo, una guardia negra que garantiza—por inauditas repregalias y coacciones—la seguridad del héroe. De aquí que en la oposición se esfume del primer plano, acogiéndose a su personalidad militar que le priva de mezclarse en estas

cuestiones, en que tan devastadoramente actúa en cuanto se le dan mimbres.

Estas eliminaciones, medio reales, medio voluntarias, sitúan en el primer plano de la liga de los «profiteurs» de la dictadura al que durante cinco años actuó de limosnero mayor del reino, deshaciendo económicamente al país so capa de engrandecerlo. Es natural, al fin y al cabo, ya que entre los Yanguas, Callejo, Ponte y compañía la personalidad de Guadalhorce es tan imponente como la de una sima junto a las madrigueras de conejos abiertas en sus bordes.

¿Cómo se ha labrado esta personalidad y cómo puede sostenerse en lo futuro? A costa únicamente de la ruina económica de España; a costa de una incorporación de los negocios a la política que suponga una más profunda y definitiva corrupción de ésta, harto prostituida ya antes de 1923, si bien por causas generalmente ajenas a los negocios. Hay que decirlo en honor de la vieja política—tan desprestigiada con justicia por otros conceptos—: como muchas veces en la historia de los pueblos, al atravesar un período de decadencia, la cúspide de la corrupción se había de alcanzar en una etapa de dictadura, al desaparecer toda posibilidad de crítica y de agitación ideológica y pasar al primer plano los apetitos—que no las necesidades—de los núcleos sociales menos aprensivos y de las colectividades menos educadas ciudadanamente.

Imposibilitada toda dictadura para dar satisfacciones que no sean de otro orden que las puramente materiales—y éstas con su buena comisión y corretaje—, el arbitrio megalómano del dictador en-

contró intérprete ideal en su no menos megalómano secretario de Fomento, mentalidad extraviada por todas las monstruosidades que un puro desenvolvimiento de la técnica puede incubar en un temperamento desprovisto de toda idea de medida y sentido crítico.

No es de extrañar, pues, que, así las cosas, no quedara ensueño comarcal o apetencia personal de medio que no encontrara congrua expresión o arrimo en uno de esos fenomenales planes con que el conde de Guadalhorce nos deslumbraba cada lunes y cada martes, cuyo coste se cifraba por centenares y aun por miles de millones de pesetas, como si se tratara de desnivelar el presupuesto de los Estados Unidos.

Pero esto había de tener una contrapartida: la ruina del país, y, a la postre, tenía que suscitar la alarma en los mismos sectores financieros que tanto aplaudían en principio la danza de los millonarios, aun cuando no fuese más que por las rivalidades que, inevitablemente, tenían que estallar entre los beneficiadores del revuelto río. Y he aquí explicada una de las causas esenciales de la caída de la dictadura, que si no llegó a consumir la completa ruina de España fué porque no tuvo tiempo de desenvolver la totalidad de los planes incubados por Guadalhorce.

Como era lógico, éstos han alimentado muchos apetitos e ilusiones individuales y colectivas, que ahora se trata de agrupar en torno al equipo ministerial de la dictadura, con el designio de consolidar una etapa de injerencia de los negocios y los intereses más estrictamente materiales en la política, que supone una



Mahatma Ghandi (a la derecha), acompañado de su lugarteniente Manilal Kothari, al emprender su peregrinación para preparar la campaña de desobediencia civil

ENSAYO SOBRE EL CACIQUISMO

por JUAN DIAZ DEL MORAL

II

La secular educación en el régimen de esclavitud había borrado del alma española todo interés por la vida pública. Mas ¿por qué no sucede otro tanto en los demás países gobernados por Monarcas absolutos? Tal era el problema planteado en el artículo anterior.

De todas las naciones de Europa, es la Francia de Luis XIV la que suele presentarse como arquetipo de monarquías absolutas. ¿Cómo explicarse, pues, que haya sido también el vivero de las libertades públicas? El absolutismo no alcanzó en Francia permanencia bastante para troquelar el alma nacional; el absolutismo fué allí una situación transitoria, un sueño y un reposo, anhelados por el pueblo mismo, sin cuyo cansancio tal vez no hubiera llegado a dominar. Guerras civiles y guerras religiosas incesantes llenaron su vida durante la segunda mitad del siglo xvi. Ahora bien; en estas guerras se discutían siempre problemas de ciudadanía; la Santa Liga inscribía como señuelo en su bandera el restablecimiento de las libertades medievales, y para garantizar la de conciencia, el Edicto de Nantes tuvo que acometer la ordenación de toda una serie de derechos políticos (igualdad civil de católicos y reformados, libre acceso de unos y otros a los cargos públicos, facultad de celebrar asambleas, etcétera). En la primera mitad del siglo xvii continuaron las luchas religiosas (guerra y conquista de La Rochela), y hasta en la menor edad de Luis XIV estallaban las revueltas de La Fronda con un programa político de limitación del Poder real. Sólo desde la muerte de Mazarino hasta la del Monarca (1661-1715) está regida Francia por el absolutismo. Y ni siquiera en este medio siglo dejó de latir en el ambiente francés la

emoción de la ciudadanía. Las dragadas y el Edicto de Revocación suscitaron vivas protestas; la insurrección de los campesinos de Cevennes replanteó el problema religioso; atrevidos publicistas censuraban sin ambages la administración real (carta de Fenelón al Rey; Pedro Le Pesant, *Detail de la France y Factum de la France*; Vauban, *Projet d'une dime royale*), y cuando se difundió la noticia de la muerte del gran despota, sus vasallos la recibieron con la alegría del despertar de una pesadilla. Y el reinado de Luis XV fué el prefacio de la gran Revolución. En él se forjaron todos los explosivos que hicieron saltar en pedazos los poderes de derecho divino; durante él (mayo de 1750), ensayó el populacho de París algunas de las gestas que tan brillantemente desarrolló después; durante él, la extensa y culta clase burguesa se saturó de los principios que habían de constituir más tarde el derecho público europeo y minó los cimientos de la Realeza con las campañas de inquietud y de descrédito, precursoras de la gran tragedia. En cuanto a Inglaterra, el absolutismo no llegó nunca a cuajar. El ensayo del sistema durante dos o tres lustros costó la cabeza a Carlos I, y el saludable efecto intimidatorio del hecho sugirió probablemente a Jacobo II la prudente resolución de fugarse a Francia, devolviendo tácitamente a su pueblo la plenitud de su soberanía. Cien años justos antes de la Revolución francesa, los ingleses hacían jurar su *Declaración de Derechos* a Guillermo de Orange, *Rey por la voluntad del pueblo y no por la gracia de Dios*, e iniciaban en el Mundo un nuevo régimen de gobierno: el sistema constitucional. De esta suerte, Inglaterra y Francia, las dos maestras del pensamiento político moderno, sacaban a flote el espíritu de ciu-

lamentable vasta dirección de ésta. No hay ambición insatisfecha o estúpida y vana pretensión rural que—sobre todo desde la oposición—no pueda ser acogida por quienes gobernaron con tal carencia de sentido de responsabilidad. Las tales pretensiones de reconstrucción nacional, planeadas sin noción de las verdaderas necesidades y posibilidades colectivas, constituyen la más pésima escuela de ciudadanía. Esa es la labor que está reservada a la flamante Unión Monárquica, y contra ella debían alzarse especialmente todas las fuerzas económicas del país, conscientes de su verdadera misión nacional.

A nuestro entender, el nuevo partido, impunista y absolutista por esencia, significa un peligrosísimo ensayo de desplazamiento de las motivaciones espirituales y morales, que deben preñar de sentido a la política mediante la instauración de una simple cooperativa de intereses materiales, pocas veces justificados y claros para mayor desdicha. De aquí la necesidad de combatirlo—así como a sus hombres—implacablemente.

**Toda la correspondencia de
NUEVA ESPAÑA, dirijase
al Apartado de Correos 8.046**

NOTICIAS LITERARIAS

Alemania

Las revistas y periódicos publican el mensaje de salutación que la intelectualidad alemana ha dirigido a D. Miguel de Unamuno, felicitándole por su regreso a España. La intelectualidad alemana fué la única que, cuando se le despojó virilmente a D. Miguel de su cátedra, levantó una vibrante protesta colectiva, y la única del mundo que, cuando las Universidades españolas fueron atropelladas, protestó virilmente. Manifiestos de gran valor que en su día no pudieron publicarse en España.

...

Ernst Glaeser, el joven autor de *Los que teníamos doce años*, publicará uno de estos días su nuevo libro *Reconstrucción*.

...

Los cinco teatros del Estado que funcionan en Berlín van a unirse con los cuatro que dirige Max Reinhardt, para formar un gran trust teatral.

...

Ramón Gómez de la Serna ha sido invitado por la Universidad de Berlín para dar una conferencia en sus aulas. Ramón llegará a Berlín a primeros de mayo, y la conferencia tendrá lugar el día 7. Hablará del *Humorismo español*. Es posible que sostenga otra conferencia en la Universidad de Hamburgo.

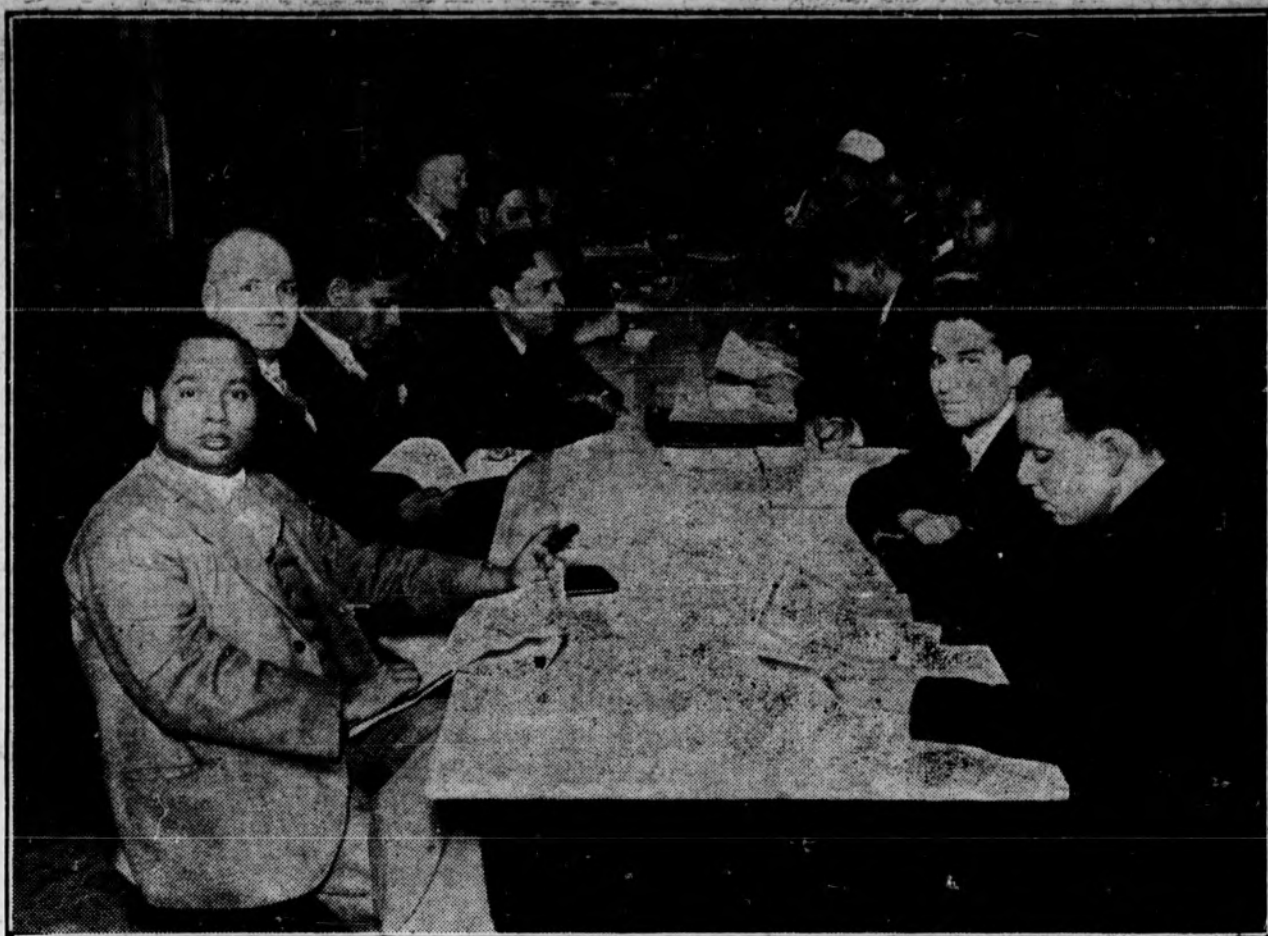
...

Emil Ludwig, el reportero inconmensurable, acaba de agregar a su serie de grandes biografías la de Lincoln.



La Policía montada de Nueva York persiguiendo a los manifestantes en una de las calles contiguas a Union Square, en donde fué disuelta la manifestación de obreros sin trabajo

dadania del tremendo oleaje del absolutismo, que estuvo a punto de anegarlo. Y como en Francia y en Inglaterra, el sentimiento de la libertad perduró incólume en cuantos países sintieron la trepidación de las guerras religiosas. En todos ellos los problemas de conciencia estaban matizados y aun condicionados por otros de carácter político y social. Felipe II y sus vasallos, los flamencos, ventilaban en sus luchas, tanto las libertades ciudadanas como la de profesión religiosa; la insurrección de los campesinos en tiempo de Lutero y la que promovieron después los de la Alta Austria (1595) revestían ya los caracteres de las luchas sociales; al amparo de la bandera protestante, como antes bajo la de Juan Huss, Bohemia se esforzaba por salvar su personalidad racial. Con la *defenestración* de Praga, pretendían los *Defensores de la Fe* sacar a flote la existencia y la libertad del *pueblo eslavo*, a la par que la pureza de sus convicciones luteranas, y, mediante la victoria del Monte Blanco, Fernando II emprendía resueltamente la *germanización* de los checos, a la par que los *catolizaba* y los despojaba de sus tierras. Mientras el absolutismo, cediendo ante el empuje popular, retrocedía en las comarcas agitadas por la reforma, se instalaba sólidamente, permanentemente, en los países de unidad de fe católica, como Italia y España, y lograba al cabo adormecer el sentimiento de la libertad y los anhelos de vida ciudadana. Y es el caso que fueron precisamente los *reformadores* quienes con mayor fervor sostenían la santidad del Poder real, y fueron precisamente los teorizantes católicos quienes defendían los derechos de los pueblos contra los Reyes. ¿Cómo explicar la paradoja? Lutero sostiene la autoridad divina de los Príncipes y reprueba como un pecado grave la resistencia a sus mandatos. Jacobo I (verdadero derecho de la Monarquía libre) afirma rotundamente que el Rey recibe su Poder directamente de Dios. Bodin explica la autoridad soberana como un Poder inalienable, imprescriptible, hereditario y sin limitación; el Rey está exento de toda obligación, incluso la de su propia promesa; la ley es la expresión de su voluntad y, por tanto, no está sometido a ella. Grocio invoca el salmo 51 como prueba de la irresponsabilidad de los Reyes. Y lo mismo Guillermo Tyndale. En cambio, la Iglesia católica viene sosteniendo desde la Edad Media (Bocio, Agustín Triunfo) que todo poder procede de Dios y, por tanto, de su vicario en la Tierra, mientras que la autoridad real trae su origen del pueblo, en virtud de una *lex regia*. Y ya en el momento de la contrarreforma, Belarmino y Cartwright defienden el origen divino del Poder papal, el origen humano de la realeza y la supremacía de aquél sobre ésta, como la del alma sobre el cuerpo. Sólo la adhesión a los mandatos de la Iglesia es capaz de infundir el espíritu de justicia, sin el cual los reinos de la Tierra son *magna latrocinia*. Lainez piensa que el Poder de los Reyes se nutre y se asienta en la voluntad de los pueblos, los cuales pueden imponer al Monarca, como condición de obediencia, la fidelidad a la doctrina católica. La heterodoxia del Príncipe lo despoja, *ipso facto*, de toda autoridad y faculta a su pueblo



Reunión celebrada en Berlín por los hindúes que habitan en la capital alemana para zanjar las diferencias que les dividen en partidarios y adversarios de Gandhi

para proceder a su destitución. La contraposición de los dos grupos de teorías pone de relieve la verdadera finalidad de la disputa, en cuyo seno latían propósitos distintos a la tesis que cada uno parece sustentar. La Reforma aspiraba, en el fondo, a la *secularización* del Estado mediante la exaltación de la majestad del Príncipe sobre la del Papa, y la secularización implica la existencia de la sociedad civil como institución de derecho immanente, asentada sobre cimientos jurídicos puramente terrenales, independientes de la profesión religiosa de sus miembros. La Contrarreforma aspiraba en el fondo al imperio universal. Si el Estado y la Iglesia son sociedades perfectas con súbditos comunes, según opina Molina; si la ley positiva debe ser mero trasunto de la natural; si ésta tiene su raíz en la Moral y en la Religión, es evidente que al Pontífice incumbe en última instancia el control y la decisión en el régimen jurídico de los pueblos.

Bajo los primeros planos con que se ofrecen inmediatamente a la conciencia, las teorías atesoran en sus entrañas conclusiones distintas y a veces contradictorias de las que estaban en la intención de sus autores y que reflexiones ulteriores se encargan de alumbrar. La unidad de fe católica, como verdad absoluta, no consiente la coexistencia simultánea de verdades relativas; la unanimidad de creencia como ley del Estado conduce necesariamente a la intolerancia y, por tanto, al aniquilamiento de los disidentes: cuando son súbditos, la Inquisición; cuando es el Rey, el tiranicidio. El principio de *unidad*, aplicado a la gobernación de los pueblos, se traduce por la concentración del Poder; la sugestión del ejemplo lleva al Estado la adopción de la Monarquía absoluta, forma de gobierno de la Iglesia; el *unum ovile et unum pastor* es el tipo más perfecto de la organización política. De esta suerte, a pesar de los teorizantes de la Contrarreforma, en los pueblos unánimemente católicos, como España, triunfó sin restricciones el principio del derecho divino

y absoluto de los Reyes. Por el contrario, la Reforma, que encarna la oposición al principio de unidad, representado por el Papa, lleva latente en su seno la defensa de la individualidad y, por tanto, de la libertad; los reformadores acabaron por defender los derechos populares, no obstante la opinión contraria de Lutero y de Calvino. ¿No era la revelación individual la inspiración en las lecturas evangélicas, el instrumento de salvación? Los inventores y propagadores de las doctrinas de las libertades políticas y de la tolerancia religiosa fueron casi todos protestantes o vivieron en países intensamente batidos por las guerras de religión. (Altusio, Buchanan, Browne, Brenz, Hotman, Locke, el autor de *Vindiciae contra tyrannos*, y después sus continuadores y divulgadores, Montesquieu, Voltaire, Rousseau y los enciclopedistas.) La terrible enseñanza de los hechos y la suave persuasión de las doctrinas infundieron en los hombres del centro y del occidente europeos la convicción de que *su verdad*, la verdad de cada uno, tiene un valor puramente relativo dependiente de su propia vitalidad y totalmente ajeno a la violencia; la experiencia secular de la lucha les había enseñado los peligros de la inhibición; el tema religioso, gran comburente de las almas, los había dotado del fervor y del entusiasmo con que afrontaron entonces y después las contiendas ciudadanas. De tal modo, cuando sonó la hora de los pueblos en el reloj de la Historia, el francés, el inglés, el centro-europeo, espléndidamente educados, empujaron sin vacilar el timón del Estado y lo condujeron, como expertos, por los campos de la prosperidad y de la gloria. Y, mientras tanto, el pueblo español, compuesto de *particulares*, no de ciudadanos, de alma fría para lo colectivo, carente de toda preparación para la vida pública, desmoralizado por una servidumbre secular, recorre dando tumbos las rutas del Mundo, atacado del terrible morbo del caciquismo, cuyos caracteres estudiaremos en otro artículo.

LAS BAJEZAS DE LA DICTADURA HUNGARA

por LEON BLUM (Jefe del partido socialista francés)

Los recientes debates sobre la ratificación del Plan Young en Francia y en Alemania nos recuerda que en La Haya se trató de algo más que de Alemania y de las otras potencias acreedoras. La Conferencia ha venido esforzándose en arreglar al mismo tiempo las dificultades de toda clase que subsistían entre las potencias centrales y las orientales: Austria, Hungría, Grecia, Bulgaria, Estados de la Pequeña Entente. Todavía, el reglamento acordado no es completo ni definitivo. Pero no estará de más señalar una de sus cláusulas, bastante singular.

Hungría, como Estado sucesor de la antigua monarquía austro-húngara, tiene que responder de una fracción de la

deuda por reparaciones, y, por otra parte, dicha nación fué declarada, lo mismo que Austria, solidaria de la deuda alemana. En 1924, los aliados se pusieron de acuerdo para beneficiarla con su régimen de pagos, extremadamente reducidos, al cual habría que añadir, a partir de 1944, unos «créditos especiales», provechosos para la «Petit Entente». Pues bien: en La Haya ha sido estipulado, de acuerdo con Rumania, Checoslovaquia y Yugoslavia, que de los pagos húngaros habrá de constituirse un «fondo agrario», sobre el cual recaerán primordialmente las indemnizaciones reclamadas por los propietarios húngaros que a ello tengan opción.

Conviene recordar en dos palabras lo

esencial de esta confusa cuestión. Los grandes propietarios magyares no poseían solamente dominios sobre los territorios de la Hungría actual, sino también en las antiguas provincias húngaras, que hoy son tierra rumana, checoslovaca y yugoeslava.

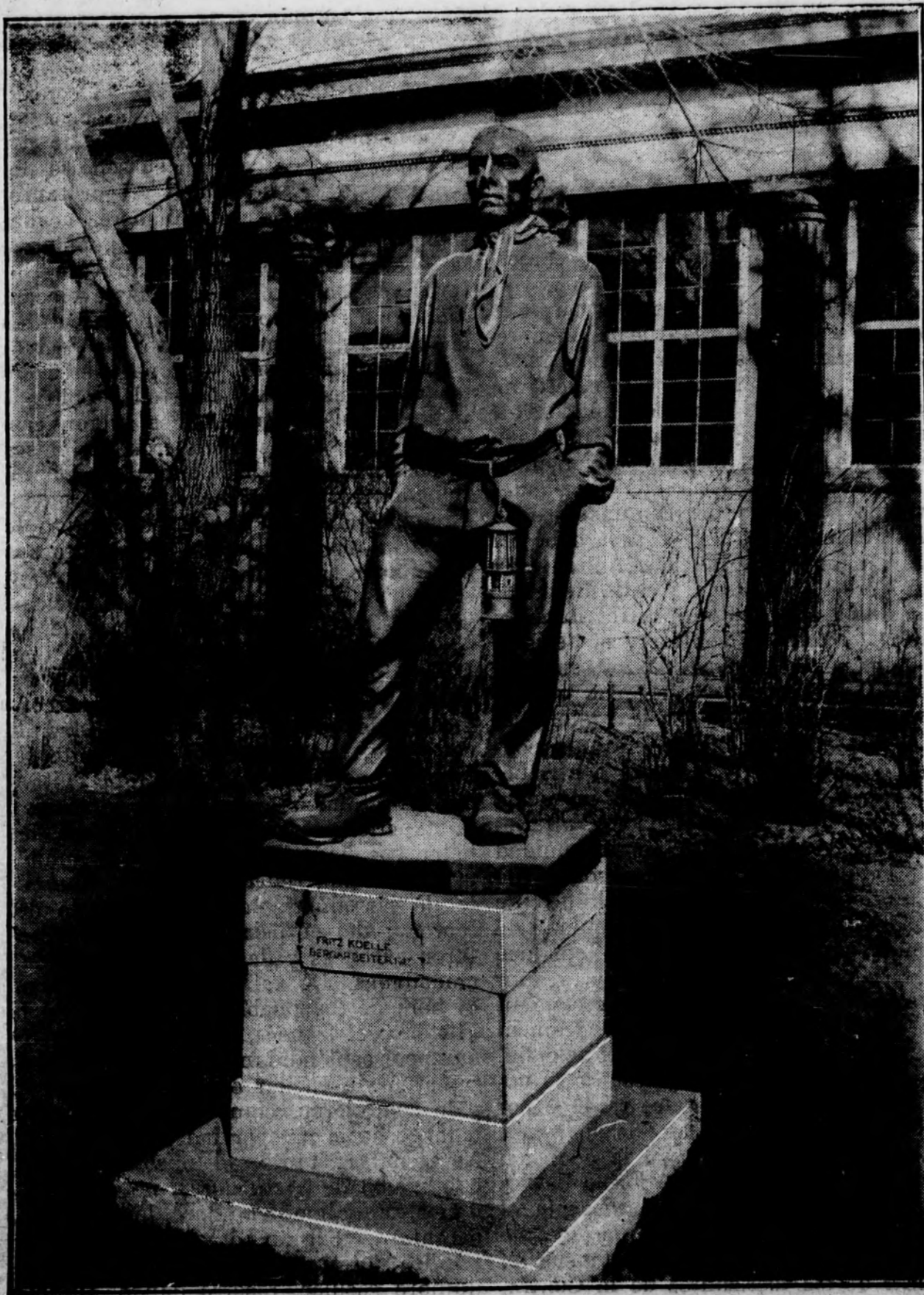
A consecuencia de ello han sufrido los efectos de las reformas agrarias aplicadas en Rumania lo mismo que los demás propietarios rumanos. Ahora, en virtud de aquella cláusula del Tratado de Trianon, indemnizaciones considerables. Si la jurisdicción arbitral les diese la razón, las cantidades que tendrían que recibir saldrían preferentemente del fondo agrario, nutrido por su parte con las anualidades húngaras. Es decir, que los desembolsos de Hungría a título de reparaciones caerían, en realidad, en el bolsillo de algunas docenas de magnates húngaros.

¿No es admirable la combinación? El pueblo húngaro entero abonará, hasta 1966, contribuciones aparentemente destinadas al pago de las reparaciones de guerra debidas a los aliados. Estas contribuciones serán extraídas de los impuestos, cuya carga recaerá sobre la totalidad de los ciudadanos húngaros. Luego irán a formar parte del fondo agrario. Y de aquí se destinarán, ¿a qué? A proveer, a «engordar» a un centenar de grandes propietarios.

Entre estos grandes propietarios, ¿saben ustedes a quién va a corresponder la mayor parte? Sencillamente, al conde Bethlen en persona. Al conde Bethlen, primer ministro y dictador de Hungría; al conde Bethlen, el de los billetes falsos; al conde Bethlen, el de las ametralladoras de San Gotardo. Porque el conde Bethlen poseía antes de la guerra inmensos dominios en Transilvania, que ahora es una provincia rumana. Y figura el conde en la primera fila de los optantes que, después de un corto pasaje por el fondo agrario, se repartirán las anualidades húngaras de las reparaciones.

He aquí lo que se ha decidido en La Haya. Verdad es que el representante húngaro en La Haya no era otro que el conde Bethlen.

¿Qué pensar de un hombre que provisto de un poder absoluto abusa de él para despojar a su país en provecho de algunos hombres de su casta y, sobre todo, en provecho suyo? ¿Puede imaginarse un abuso de confianza más escandaloso, más indignante? Nosotros ya sabíamos perfectamente la brutalidad despótica del conde Bethlen, su crueldad, su doblez sin escrúpulo. Pero este acto suyo colma toda medida. Lo acaecido en La Haya se ha disimulado hasta ahora, cuidadosamente, al pueblo húngaro; tarea fácil en un país en el que la Prensa está asalariada; la tribuna, muda; en el que todo signo de oposición puede costar la libertad y la vida. Pero la verdad acabará esclareciéndose, a pesar de todos los obstáculos.



Estatua de un misero, obra del escultor Fritz Koelle, que ha sido colocada a la entrada del Museo Nacional de Berlín

Romanticismo y naturalismo

por J. G. GORKIN

CARTA DE PARIS

Después del centenario del romanticismo, el cincuentenario del naturalismo. Se ha gastado mucha tinta para la conmemoración del estreno—en 1830—de *Hernani*; se gasta mucha menos para la conmemoración de *Les soirées de Médan*, publicados en 1880. ¿Quiere ello decir que el romanticismo ejerce mayores influencias sobre las actuales generaciones literarias que el naturalismo? En manera alguna. Y si alguien, en su admiración hacia Hugo, Gautier, Nerval, Saint-Beuve—y en la pintura hacia Delacroix—y en su aversión persistente hacia Zola y los Goncourt—y hacia el gran pintor realista Combet—afirmara lo contrario, provocaría no pocas risas.

Una brillante conmemoración es muchas veces un segundo entierro. No se vea en estas palabras el menor asomo de crueldad. Casi todos hemos leído con devoción y exaltación, en esa edad fronteriza entre la niñez y la adolescencia, al gran pontífice del romanticismo: a Víctor Hugo. A más de uno, de instinto rebelde, habrá arrojado en el umbral de la Revolución. Yo he conocido incluso a no pocos revolucionarios que, tras diez o doce años de luchas, de fracasos, de decepciones—en estos tiempos, en que la democracia se niega a sí misma, en que el fascismo pugna por convertir al siglo xx en un siglo social propio de la Edad Media, en que el comunismo devora a sus mejores y más leales militantes—, buscan en Víctor Hugo un refugio y en el romanticismo una especie de antídoto contra el escepticismo. Pero todo esto, y el que sigamos admirando como obras maestras del arte literario y pictórico *Los miserables* y *La libertad en las barricadas*, no puede impedirnos proclamar la muerte del romanticismo ante el empuje del realismo y del naturalismo. *Hernani* está muy lejos de nosotros—cien años efectivos—, miramos a sus personajes y oímos sus tiradas con una sonrisa irónica; en cambio, ¡cuán cerca están aún de nosotros *Los cuervos*, esa otra maestra de Bécquer y del teatro naturalista!

Nos explicamos perfectamente que la burguesía gaste tanto en incienso para conmemorar el romanticismo y que gaste muy poco, casi nada, para el naturalismo. El romanticismo francés representó la Revolución en el dominio literario. Su lucha violenta contra la tragedia clásica y en favor de la Libertad y de la Verdad, equivalió literariamente a la lucha de la burguesía, económica y políticamente, contra los restos de la aristocracia, cuyo esplendor declina con la muerte de Luis XIV hasta seguir a la guillotina a Luis XVI. La Revolución francesa es el triunfo de la burguesía naciente y del pueblo—del tercer Estado—contra la aristocracia y la realeza. Napoleón es el triunfo de la burguesía sobre el bajo pueblo y la entronización de la primera como clase social. Las tropas napoleónicas combaten en el Mundo entero por los intereses y en nombre de los ideales de la nueva clase en el Poder, que encuentra su orden jurídico en el Código de Napoleón. Pero esta clase necesitaba también su revolución en la literatura y en el arte. Sabido es que

éstos siguen a cierta distancia a los grandes acontecimientos históricos que les sirven de inspiración. Un régimen transitorio no puede inspirar más que una literatura y un arte inciertos, transitorios también; un régimen asentado sobre bases sólidas inspira, por el contrario, un arte y una literatura robustos y llenos de la savia del nuevo orden. La burguesía venció en toda la línea a la aristocracia, con ayuda del pueblo; el romanticismo, impregnado al comienzo de impulsos populares, venció en toda la línea al clasicismo aristocrático, a pesar de su defensa desesperada.

El romanticismo llegó, es verdad, a estar en desacuerdo con la clase de la cual había nacido y a la cual tenía la misión de servir. Después de exaltar el triunfo de la clase burguesa sobre la base aristocrática y de glorificar a Napoleón—Víctor Hugo conservó hasta la muerte el culto al Emperador—, el romanticismo chocó con los apetitos descaradamente materialistas de la burguesía. Esta, que como todo Poder quiere el sometimiento absoluto del pensamiento y su adaptación gregaria, no comprendía la persistencia de la exaltación lírica de los románticos. Y éstos huían de su medio social, renegaban de la burguesía egoísta, de su clase y se refugiaban en sí mismos o en las épocas pasadas. Jorge Sand se introduce en la «búsqueda de la verdad ideal». Gautier proclama la famosa teoría *del arte por el arte*. Este desacuerdo con su clase y este refugio en la falsa teoría que acabamos de apuntar, prueban a lo más que el romanticismo había cumplido su misión histórica y que, para subsistir, tenía que huir de la realidad y alimentarse tan sólo de ideal, de abstracción.

La nueva clase necesitaba un intérprete digno de ella: éste fué Balzac, el padre de la novela moderna. Lejos de huir de la sociedad y de la época, como hacían los románticos, Balzac las describe magistralmente en su *Comedia humana*. En sus noventa novelas encontramos a todos los tipos de la burguesía en pleno desarrollo, en plena formación como clase, especulando con las victorias y con las derrotas napoleónicas. En cambio, se encuentra apenas al elemento obrero... Francia, la Francia burguesa de la Restauración y de la Monarquía de julio, no ha tenido historiador más precioso que Balzac, ese gigante de la novela.

Pero lleguemos al naturalismo... Se celebra ahora su cincuentenario—el cincuentenario del naturalismo como escuela—, pero la ruta de este movimiento arranca de mucho antes. Flaubert da *Madama Bovary*, esa obra maestra de la literatura, en 1857; los Goncourt publican *Germinie Lacerteux* en 1865. Estas dos novelas, con *Educación sentimental*, *Bouvard y Reichenet*, etc., constituyen los primeros jalones del naturalismo. Flaubert sentía un profundo desprecio hacia el medio social en que vivía y un gran odio hacia su clase. «Le llamo burgues a todo ser capaz de pensar bajamente», decía. Y en sus novelas, especialmente en la última citada, pone al desnudo los egoísmos, las bajezas, la mediocridad, la estupidez de su clase. (El

drama de Flaubert se asemeja mucho al de no pocos escritores de la nueva generación; aquél, en su odio hacia su clase, se refugió en su torre de marfil; éstos inventan regiones fronterizas entre las clases.)

Pero el jefe indiscutible de la nueva escuela es Emilio Zola. Su gran ciclo *Los Rongon-Macquart* nos dan la historia viva de la Francia de la segunda mitad del siglo xix. La obra de Zola, como anteriormente la de Balzac, no es sólo obra de novelista, sino de historiador. Paul-Louis, el conocido historiador del movimiento obrero francés, publicó hace años un librito sobre los tipos sociales de Balzac y Zola. ¡Qué muchedumbre humana, perteneciente a sus respectivas épocas y a las diferentes clases sociales, moviéndose en todos los engranajes de la sociedad capitalista! ¡Y qué gran paso da esta misma sociedad de uno a otro autor en el camino de su desarrollo económico y político, del progreso social! Industriales, financieros, comerciantes, políticos, militares, eclesiásticos, pequeños burgueses, obreros, campesinos, artistas: todos desfilan ante nuestros ojos dejándonos una sensación de vida, imponiéndose a nosotros como personajes de carne y hueso. Y, paralelamente, asistimos a diversas combinaciones financieras, en una sociedad en que el dinero es rey; a intrigas políticas, cuyos hilos invisibles tienen en sus manos los hombres de negocios; a guerras entre Estados, declaradas por bastardos intereses capitalistas; a escenas de cruda miseria en los medios obreros; a odios y rivalidades de familia por la posesión de la tierra; a la prostitución del arte y del artista, del intelectual...

Alguien ha dicho, creo que Sombart, que «si se quiere estudiar la economía de la sociedad capitalista es menester leer las novelas de Zola». La economía de la sociedad capitalista de su tiempo, naturalmente. La sociedad actual, con sus colosales trusts y cartels internacionales; sus grandes jugadas de Bolsa, capaces de enriquecer fabulosamente a unos cuantos en detrimento de miles y miles de pequeños rentistas, o a un país en detrimento de otro; con el inmenso desarrollo de los mercados coloniales y la esclavitud económica de millones y millones de seres humanos; con la racionalización industrial y el gigantesco desarrollo del maquinismo, no ha encontrado todavía su Zola. Pero son muchos los escritores que, en casi todos los países, han seguido y siguen aún las huellas del gran escritor francés. El «populismo» que preconizan los escritores franceses Thérive y Lemonnier, ¿no es después de todo un disfraz del naturalismo?

El romanticismo, como movimiento literario, ha muerto y la burguesía incienso su cadáver. Pero no incienso lo mismo al naturalismo, que ha sabido poner al desnudo sus egoísmos, sus lacras, sino que sigue insultándolo tímidamente, después de haberlo cubierto de improperios violentos. Es esta la mejor prueba de que vive en las corrientes literarias avanzadas de nuestro tiempo.

Paris, abril de 1930.

RIFA

El joven escritor birlibirloquista señor Bergamín (D. José) se halla estos días muy atareado haciendo los Ejercicios espirituales de San Ignacio.

Reza, ayuna, confiesa y comulga. No nos choca. El Sr. Bergamín es un literato puro. Y para un literato puro el fondo es lo de menos; pero la forma es sagrada.

El rigor judicial de algunos directores de toga y birrete es una de las cosas que más perjuicios han causado a numerosas personas.

Actualmente se hallan sujetos a proceso y comparecerán en el banquillo tres dignos estudiantes, los Sres. Troyano, Inevarti y Ruiz-Castillo, víctimas de grotescas acusaciones. Su culpabilidad entrañó un acto político y deriva tan sólo en un acto políticamente subversivo.

¿Por qué no les alcanza la amnistía? ¿Es que el delito que realizaron estos tres jóvenes es más grave que el de rebelión y sedición militar que cometieron elevados personajes, hoy tranquilos bajo los beneficios de la amnistía?

El Sr. Salinas ha dicho, en una conferencia para señoritas, que el mejor poeta será el que más vago sea, es decir, el que no sirva para nada.

Y, como ejemplo, dió el nombre de Rafael Alberti.

No estamos conformes. Alberti es de los que merecen la medalla del Trabajo.

El partido de «los Lázaros» le llaman al de los supervivientes de la dictadura. Mejor sería llamarlo el de «las Magdalenas».

Antes de conocer a Jesús.

Como está de moda ser republicano, Romanones ha dicho que él también es

**SUSCRIBASE
A "NUEVA ESPAÑA"**

partidario de una República... coronada.

Es un viejo histrión, una especie de Pérez Zúñiga de la política.

Pero ya no tiene ni gracia.

Los papanatas nacionales no cesan de repetir: «¡Pero qué pillo es este Romanones! ¡Entiende el tinglado como nadie!»

Y le han estado tomando el pelo siete

años seguidos. Y seguirán tomándoselo. No es el conde de las codornices. Es una codorniz.

¿Y García Prieto? Otro Lázaro que ha resucitado tan monárquico como en 1923.

Todavía no han pasado sobre su cadáver.

Se dice que quieren presentar candidato reformista por Gijón a un banquero hispanoamericano que dice «haiga» y que anda en busca de un título.

Le ajustaremos las cuentas con toda oportunidad.

Calvo Sotelo pretende salir diputado por el distrito de Noya.

Suponemos que quedarán en ese distrito bastantes personas honorables para impedirlo.

«Miss Valencia» quiere reivindicarse. Por nosotros, que la hagan caballero calatravo o que la coloquen una llave a la espalda.

Hay que ser benévolo con las señoras.

La Nación, el noticiero huérfano de todos los días, menos los lunes, afirma que el manifiesto de la Liga antimonárquica está escrito en un lenguaje oscuro e indescifrable.

Y para demostrarlo reproduce el siguiente párrafo:

«A todos aquellos que sientan la emoción del momento y la responsabilidad que supone tomar en sus brazos la futura España para elevarla al nivel que los tiempos actuales exigen...»

A nuestro parecer, la cosa es bien clara. ¿Cómo es que no lo entiende La Nación?

¡Ni que fuera un acróstico!

El divino Calvo—que ya no lo es el Gallo, sino el ex ministro de los parafernales—preside el Consejo de Administración del Banco Central, a pesar del decreto de 24 de diciembre de 1928, que establece la incompatibilidad de los ministros con los altos cargos de las sociedades financieras durante el período de su mandato y cinco años después.

Pero el divino Calvo no hace caso. Es insaciable. Y además no es tan calvo como parece, porque tiene un tupé...

¡Qué hacha! ¡Qué ventisquero! ¡Qué sin versión de lo ordenado en el decreto de diciembre de 1928!

Nuestro querido camarada E. N. nos envía la siguiente nota, de cuya autenticidad no nos hacemos responsables:

«En vista del entusiasmo que reina por el acto de afirmación monárquica y del deseo expresado por algunas señoras de oír de cerca la elocuente palabra del Sr. Goicoechea, la Comisión organizadora ha acordado no efectuar dicho acto en la Plaza de Toros y en la fecha que se señaló, sino celebrarlo el día 20 de abril y en el teatro Lara.»

El gran Ramiro Matezapangalos, como ya le llamábamos en aquella España de felice recordación, viene más curoide que se fué.

En Buenos Aires dicen que era atroz. Se embriagaba de incienso, se comía los santos, se tragaba la Biblia...

Aquí hará lo mismo. Y, además, escribirá artículos.

Cambó va y viene de París a Madrid y de Madrid a París en calidad de correo de gabinete. De un gabinete, ¡ay!, que no es el gabinete con que él soñaba.

En París trata de convencer a Alba. Le suplica, se postra a sus pies, le transmite las promesas rendidas de «determinados elementos» y le ofrece la vicepresidencia de la Chade.

Cambó no pierde la esperanza de dirigir un gran partido de derechas, y para ello necesita la colaboración de la Esfinge del Hotel Claridge, que dirigirá un gran partido de izquierdas. Todo ello dentro de la Monarquía y del unitario y tradicional reino de España.

El gran empresario catalán no pierde ripio. Hombre hasta cierto punto romántico, todavía mantiene vivo el ideal

**LEA USTED
"NUEVA ESPAÑA"**

irrealizable de una concentración de derechas bajo su mando.

¡Pobrecillo! Ni los fracasos le despiertan ni el ridículo le arredra.

Con tal de no perder del todo sus ilusiones, no vacila en convertirse en el correveidile de los viejos y ladinos políticos de Castilla. (Es el Estelrich de la Monarquía.)



Teatro Español
¡El autor! ¡El autor!

CELULAS AL SERVICIO DE LA JUSTICIA

por MAXIMIANO G. VENERO

Es deseable que todos los jóvenes amigos de la justicia lean un libro conmovedor de dos ex educandos de una escuela soviética de mozos anormales y predelinquentes. Me refiero al libro de Belyk y Panteleev *La República de los Vagabundos*. Es una voz de aliento que parte de lo más humilde e indeseable de la organización social. Equivale al suspiro de los parias por la justicia. La escuela soviética los ha recogido—aula y sanatorio—cuando ellos sentían solamente una rebeldía indecisa, una rebeldía de ladrones infantiles, que habría de madurar, por futuras influencias corrosivas, en una anormalidad de bandidaje. Los adolescentes se reeducan y proscriben su rebeldía indecisa. La transforman en una actividad social puramente marxista. Aspiran a expropiar, en beneficio de la Humanidad. Ya no son individuos que escalan una casa para saquear los muebles. Son las células de una clase, del mundo productor, que se preparan para el abordaje a las viejas economías, a las antiguas organizaciones sociales. Se convierten, pues, en miembros de los «Konsomolzen».

Los alumnos de la Escuela Dostoiewski han variado, acaso principalmente por la acción eficaz del ejemplo. Rusia tiene que hacer grandes reducciones en el presupuesto de las Repúblicas soviéticas y no puede darles alimentos excelentes y someterles a una cura científica amplia. Pero el ejemplo y la abnegación de los camaradas profesores son el sanatorio auténtico y hermoso de los muchachos recogidos de la calle.

Uno, dos, tres, constituyen la primera célula al servicio de la justicia. La célula va modificando los tejidos espirituales de los camaradas, penetrando en lo hondo de los cerebros y de los corazones. La célula es un cáncer que destruye únicamente lo impuro. Lágrimas de alegría se amontonan en los ojos del lector. Yo he sentido una angustia inefable mientras pasaba las páginas de este libro. Me parecía tener en mis manos un pedazo de carne pueril, que se iba transformando en un hombre puro, hermoso y noble.

Yo sé que escribo ahora para un *field* donde sólo hay convencidos de la justicia. No es fácil que los hechos contradigan nuestro optimismo. La juventud de la España que nace en fila su mente y su voluntad a los ideales justicieros. No es necesario mencionar, ni siquiera esquemáticamente, qué ideario inspira estas inquietudes. Para un hombre de este año 30, que ha de ser tan fecundo, el ideal primario es conseguir la libertad: libertad de pensamiento y de acción. Y después, poner esa libertad al servicio de la justicia. Será menester que trascorra un debate, todo lo amplio y enérgico que sea necesario, para implantar el dominio absoluto de la equidad.

Pero, en disgregación, los esfuerzos resultan estériles. Hace muchos años que la clase social más rica de energías y de

número, el proletariado, afirmó la conveniencia de la unión para transformar la vieja economía. Quienes amamos a la libertad sobre todas las cosas, debemos aceptar ese símbolo de las manos estrechadas que los carteles de la Primera Internacional llevó a todos los confines. Ya sabemos cómo el mundo burgués achaca calidad de tópico a estas afirmaciones del proletariado. Tópicos más frecuentes e inaceptables circulan a diario en la Prensa capitalista, en los libros de los escritores burgueses y en la dirección de una podrida economía. Los tópicos del proletariado—«La unión hace la fuerza», «Trabajadores del Mundo, uníos»—deben repetirse con fervorosa constancia hasta que se claven en el cerebro de todos los productores.

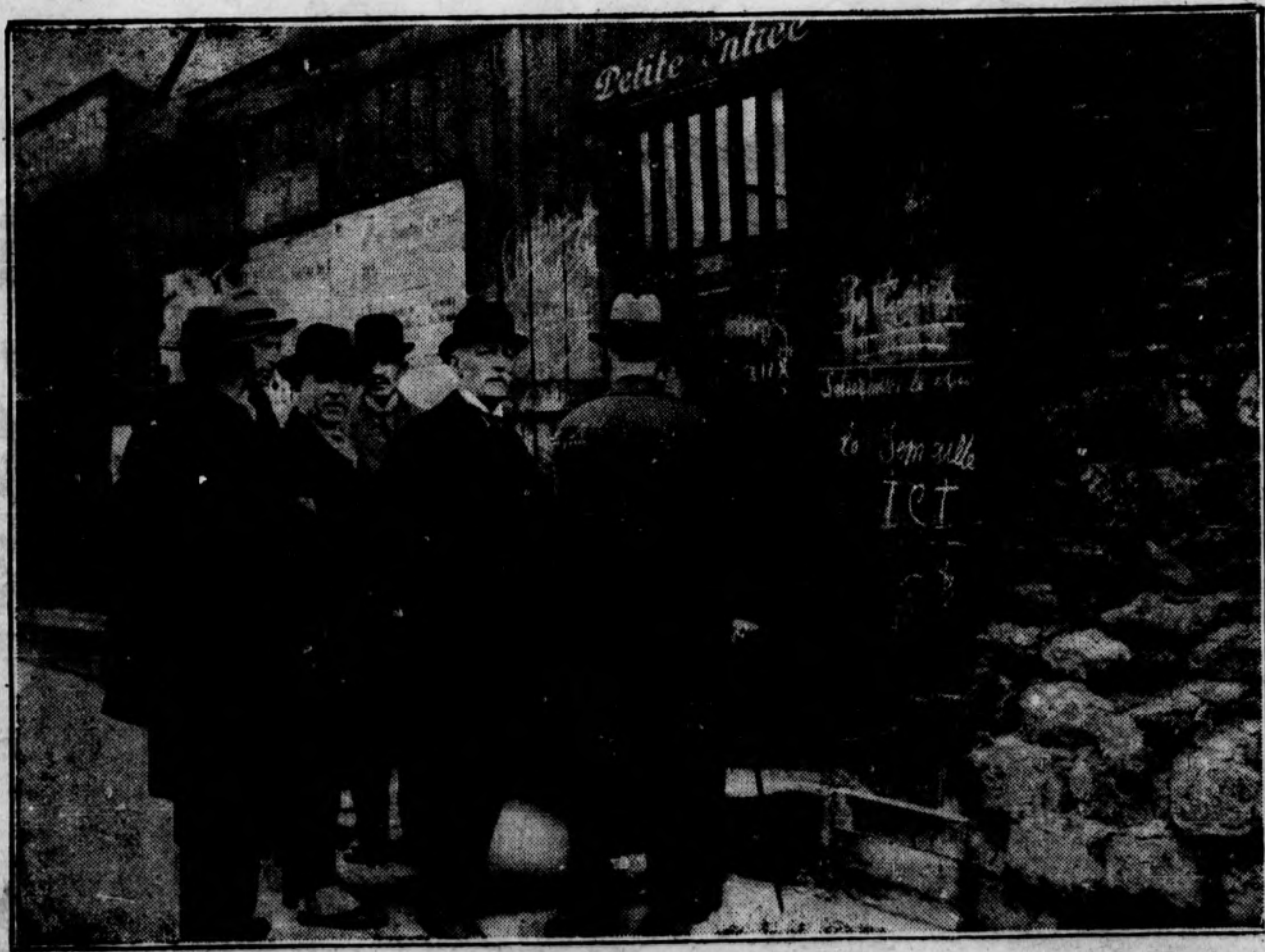
Aceptémoslos nosotros ahora para ponerlos al servicio de la libertad. Seríamos reos de lesa Humanidad, los jóvenes de España, si la voluntad de ser libres y el amor a la justicia nos faltan en un momento decisivo.

Cada uno de nosotros tiene su puesto en el sindicato de productores de su especialidad. Acaso con preferencia a ningún otro anhelo, el proletario debe incorporarse al núcleo actuante de sus camaradas de profesión. No podemos permanecer impasibles ante la lucha de clases. La soledad nos hiere mortalmente. Un productor aislado es un cero con signo negativo en la suma social. Un vasallo de todas las arbitrariedades y de todos los despotismos.

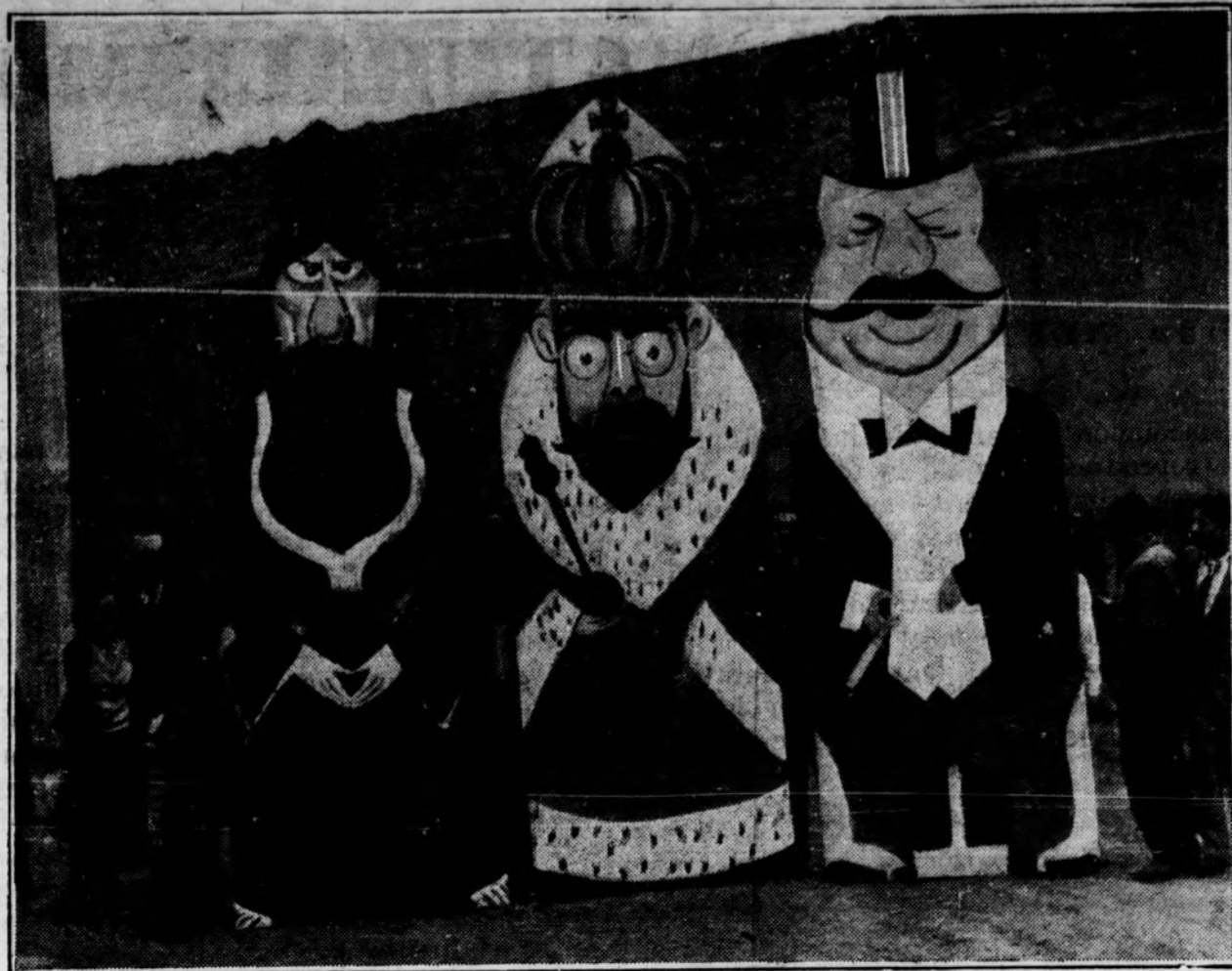
Políticamente, un joven es una célula que necesita la agregación a células afines. Nadie transita por la vida sin hallar coincidencias de pensamiento. Los jóvenes de esta España, que todos vamos formando a costa de nuestro dolor, tienen, por fortuna, múltiples coincidencias. No es difícil hallar, cada uno la docena, o las dos docenas o las tres docenas de células afines. Ocurrido el hallazgo, debe sobrevenir, inmediatamente, la formación del grupo al servicio de la libertad y de la justicia. Lo urgente es abrir debate y cauce para la acción.

El sumarse a las organizaciones nacionales es obra posterior. Una célula cualquiera, puesta al servicio de la justicia, encontrará solidaridad en sus afines del resto de España. Amplia solidaridad, más amplia, si cabe, que la ejercitada durante la dictadura con quienes eran perseguidos y acorralados.

En resumen, esta exhortación va dirigida a los jóvenes que habitan en áreas rurales. La juventud de las urbes halla menos dificultades para su actuación civil. Pero las opresiones clericales y burguesas en las poblaciones rurales que no tienen gran población proletaria, coaccionan el impulso civil de los jóvenes. Para animar a éstos hemos querido comenzar nuestras líneas consignando la obra heroica de los educandos de una escuela soviética que tenían necesidad de luchar contra los agentes exteriores y, acaso más principalmente, contra sí mismos. Y, empero, la contienda les ha sido favorable. Tan favorable como lo será para los jóvenes de nuestra España, que sienten la inquietud más viva del siglo.



Las autoridades francesas haciendo indagaciones en el lugar en que recientemente dos obreros esquirolas han sido secuestrados por varios huelguistas, que los condujeron al Centro de los [Sindicatos] para amedrentarlos y maltratarlos



Tres de las gigantescas caricaturas que han sido exhibidas en un mitin celebrado en Nueva York como réplica a las reuniones celebradas en diversas iglesias de la ciudad para protestar contra la persecución religiosa en Rusia. Las figuras representan, de izquierda a derecha, a Rasputín, al Zar fenecido y al jefe de Policía de Nueva York

El sentido popular de la crisis

CARTA DE BERLIN

por F. FERNANDEZ ARMESTO

La política concreta, los acontecimientos de gobierno, ponen hoy sus exigencias sobre esta carta. Al fin, uno no se puede evadir a las grandes titulares de los periódicos ni a la seducción de ese público indefinido que llenó todos estos días las tribunas del Reichstag y se extendía por la plaza de la República a ver la cara que los políticos le hacían a los sucesos. La crisis gubernamental que acaba de ocurrir no ha sido sino una parada política, que le tiene sin cuidado al pueblo, al verdadero pueblo, el cual está con las manos y el pensamiento empleado en labores menos ficticias. Alguien le ha llamado la crisis de los desocupados.

Quisiera comentar aquí otros fenómenos alemanes más auténticos, y en los que hay un relieve más claro de la vida. Por ejemplo, esa huelga de escolares comunistas en Nen Koeln, el importante barrio obrero de Berlín, que ha producido ya el cierre de cuatro grandes escuelas y que es una gran señal de que la ciudadanía no tiene edad. ¡Atroz ejemplo el de estos muchachos, que todavía no han llegado a los dieciséis años! ¡Atroz reflejo el que deben producir en pueblos como España! Basta con imaginarse a estos muchachos, firmes en sus

filas, marchando por las calles de Berlín contra el frente armado de la Policía, para comprender la pusilánime villanía de pueblos enteros. Quisiera hablar, si no, del número que la Literarische Welt dedica a una aguda encuesta, titulada: «¿Cómo se desea Alemania?», o del clamoroso eco que ha logrado desde la Stresemann Strasse el teatro de Meyerhold. Pero también hablando de política gubernamental, aunque sea de política entre católicos, populistas, demócratas y social-demócratas, se puede llegar a ver al pueblo, porque cuando nos encontramos con la ausencia de pueblo nos habremos encontrado con él, ya que él sí que es lo que nunca puede faltar; el pueblo es lo inmanente, lo insobornable y lo eterno. Y aquellos que creen haberlo burlado, no están sino burlándose a sí mismos.

Esto es lo que le pasó al socialismo alemán, a la «social-democracia», como él se llama; creyó poderse escamotear de la fuerza de gravedad del pueblo y burlarle desde las barreras de la gobernación. Creyó que Marx, Engels, Bebel, Kautsky, Liebknecht, Rosa Luxemburg y Lenin, con toda su fuerte pasión proyectada sobre el proletariado universal, no eran sino un conglomerado de nom-

bres artificioso adaptable a las circunstancias. El socialismo se olvidó de su procedencia y de su fuerza, de a lo que le obligan lo uno y lo otro, y chalané y se tuteó, campechanamente, con el populista y el centrista. El socialismo, y en ello están sus características más eficaces, es un sistema político integral y exclusivista; por ello, es el único sistema político que embarga la personalidad completa del hombre en sus diversos aspectos: económico, social, ideal extra, mientras los demás sistemas políticos sólo se refieren a uno u otro de esos aspectos. Así, al perder su esencia característica, el socialismo se confundió en Alemania con los partidos más heterogéneos y perdió la fuerza original con que le asistía directamente el pueblo, hasta verse convertido en un partido de turno, oportunista.

La dimisión de poderes que acaba de hacer no es sino un intento de una vuelta en seco hacia las fuentes populares de que se había perdido. Pero ni siquiera lo ha sabido hacer con gallardía que fuera grata a la multitud, sino entregando, con manejos inhábiles, el Poder en manos de los católicos, abandonado a cualquier furor dictatorial. Si hoy no pesa una dictadura sobre Alemania, no es al partido socialista, precisamente, a quien hay que agradecerlo. Alemania no puede ser sometida a una dictadura, porque es un pueblo orgánico y vivo, pendiente del trabajo; el día que se intentara una dictadura, los Sindicatos obreros la habrían aniquilado con la sola orden de veinticuatro horas de huelga general, y esta orden está tan segura en la mano de los sindicatos como la llave de las cajas de caudales en las de los burgueses; pero los socialistas no han hecho nada eficaz para evitarla.

En las próximas, muy próximas, elecciones, el socialismo sufrirá el revés propio de sus impericias. ¿Quién recogerá la herencia del socialismo en las urnas? Intrincada pregunta. El comunismo alemán, no obstante su actividad, su fuerte organización y su audacia, carece de condiciones—y de personalidades—para producir en su favor un movimiento general del pueblo. Ninguno de los otros partidos burgueses o nacionalistas, no sólo no pueden ni lejanamente recibir la deserción del socialismo, sino que la mayor parte de ellos se encontrarán con que les sobra el nombre, que es casi lo único que ahora tienen, ya que son partidos artificiosos nacidos al amparo de circunstancias excepcionales. La descomposición de la política alemana es una descomposición de partidos, es decir, una falta de relación de los partidos con el pueblo y con sus necesidades reales. La división, subdivisión y multidivisión del nacionalismo y la división del trabajador entre el comunismo y el socialismo, han desequilibrado y desconcertado la política alemana, sobre todo la han desconcertado de sus fuentes propulsoras, y a la hora de hoy ningún partido sabe lo que representa ni lo que es.

De las nuevas elecciones, a las que se va inminente y fatalmente, podrá comenzar a salir el perfil de Alemania, si no, Alemania buscará otro camino para señalarse la verdadera Alemania, la que está naciendo bajo esta desorientación.

Berlín, abril.

DEL VIEJO AL NUEVO NATURALISMO

(TROZOS DE UN DISCURSO EN LA "ACADEMIA DE PRUSIA" SOBRE ARNO HOLZ)

por ALFRED DOEBLIN

Creo que es esta la primera vez que la palabra de Alfred Doeblin aparece en español. No quiero disimular el orgullo que siento al presentar en España—tan explotada por la importación de todo snobismo intrascendente—un valor auténtico, uno de los más fuertes valores del mundo de hoy. Alfredo Doeblin, cincuenta y un años, médico psiquiatra, con ejercicio en Berlín, es el más grande escritor de Alemania. Su última novela, Berlín, Alexander Platz, ha sido considerada por los veintiocho de los más famosos escritores alemanes el mejor libro aparecido en el Mundo el año 1929 (novela que yo encomiendo a la vigilancia de Giménez Siles). Este su artículo es un gran discurso pronunciado en una sesión que dedicó la Academia de Prusia a Arno Holz, y es doblemente interesante porque coinciden en él la expresión del recio pensamiento de Doeblin, definiéndose a sí mismo, y la información sobre uno de los fenómenos más notables y fecundos del nuevo pensamiento alemán.

La difícil personalidad de Doeblin no es posible tratarla en una nota; por eso estas palabras no pretenden ser sino un aviso al lector. En un próximo libro sobre la nueva literatura alemana intento una valoración justa de Alfred Doeblin.—F. F. A.

El *Libro del Tiempo* hizo a Holz conocido. Detrás de este *Libro del Tiempo* estaban fuertes influencias extranjeras y el movimiento de los trabajadores alemanes. Aquel tomo de poesías evidenciaba el auge de la lucha social en Alemania y señalaba cómo la literatura podía recoger, en el campo de su mirada, al movimiento obrero. Sobre el libro dijo el mismo Holz, algún tiempo después de su publicación, un juicio que podemos aceptar todavía hoy: «Este libro ha sido solamente un primer paso hacia la literatura de contenido revolucionario, hacia el desbanque de la vieja literatura.» Sabemos que las pocas obras del naturalismo alemán tienen determinada su existencia por la obra de Holz. Su formulación era absolutamente precisa: «El arte tiene la tendencia a ser de nuevo naturaleza. Su

consecución depende de las condiciones de reproducción y de la técnica.» Yo lo expreso sencillamente así: Holz quiere crear una existencia proletaria como denominador de la vida; esta existencia proletaria es la Naturaleza; «condiciones de reproducción» son el actual teatro, los medios instrumentales y la palabra. Si pretendemos encerrar en un contenido formal su concepto de las relaciones en-



Alfred Doeblin

tre el arte y la Naturaleza, habremos de expresarlo así: «Obra de arte, igual a naturaleza, menos la técnica del autor.» Así, $a = n - t$. Contémplese con atención esta fórmula; jamás la subordinación entre arte naturalista y Naturaleza ha sido mejor precisada. Del otro lado, en el polo opuesto, se prefiere decir, más divina que humanamente y con orgullo ilimitado, que la obra de arte toma, es verdad, un trozo de la Naturaleza, pero que esto no es importante sino como material al servicio del autor, que lo determinante es, precisamente, la x , esto es, las disposiciones técnicas del artista; así, obra de arte = Naturaleza + técnica del artista: $a = n + t$. Aquí se puede comprobar el contenido revolucionario de la obra de Arno Holz. Todo el arte no podría resistir, en contraste, la verdad de un producto de la Naturaleza. Si nosotros hemos imprimido un polvillo de material realidad en la obra de arte, hemos consegui-

do, decía Holz, una realización inmensa, y no podrá ponerse delante la labor de ningún artista por grande que sea. Yo no tengo la intención de examinar ahora el polo opuesto a la fórmula de Holz; yo no quiero sino ofrecerles a ustedes productos afirmativos, de apasionada seriedad, ante la dura verdad de este Mundo. Servirá esta representación del contenido de la obra holziana para evidenciar el husmeo con que en plena decadencia algunos de sus enemigos siguen o sirven a la reacción. Me parece que pronto se hará necesario mirar hacia ese peligro y escribir las fuertes frases de Holz en tono seriamente combativo.

Holz comprendió que el medio reproductivo de la literatura, la palabra, se encuentra en un estado indigente. No es posible con nuestra actual palabra, desmandada de la realidad, con este esqueleto lírico, con la opresión de la métrica y del ritmo, acercarse a la Naturaleza. Y también la llamada libre rítmica es tan esclava como la otra, porque bajo su apariencia de libertad está tiranizante el sonsonete del organillo. A esta forma de lenguaje y este lenguaje formal lo ha extirpado de contenido la literatura burguesa, y sigue en pie, sostenido solamente por epígonos de segundo o tercer grado. La lucha social no podía expresarse en esta forma de lenguaje. Así como las nuevas masas sociales buscan inexplorados espacios de la vida, su literatura busca inexplorados espacios del pensamiento, a los cuales pertenece un idioma nuevo. La Naturaleza debe penetrar en las formas de arte conducida por la expresión. De modo absolutamente nuevo es, ahora, apresable un poema. Porque no se entiende la nueva expresión del ritmo se tiene a la lírica y la rítmica revolucionaria tachado de «prosa», en la que no había de poesía sino la merced del impresor. También a la música de los últimos decenios se le han hecho parecidos reproches. Pero toda renovación es algo más que «prosa».

Debemos preguntarnos ahora: «¿Qué ha hecho Holz con el refinamiento y el enriquecimiento del idioma? ¿Hacia dónde ha dirigido el movimiento revolucionario del naturalismo? ¿Con qué intensidad ha abierto brecha en la Naturaleza, en lo social, lo político o lo psicológico? Estas son las preguntas decisivas y críticas, y si nosotros como vivientes estamos ante lo viviente dispuestos a levantar su nombre como el de un campeón, no sentimos vacilar ahora nuestra situación. Ustedes saben que el naturalismo tan ardientemente predicado en Alema-

nia por Holz se murió hace ya casi diez años. Podemos preguntarnos si en la derrota o la asfixia del movimiento revolucionario participan de culpa los mismos que habían dirigido la lucha y cuáles fueron las causas que produjeron la derrota. El movimiento social, que había recibido tan elevados impulsos del naturalismo, no ha crecido desde hace diez años. Lo que ocurrió es que la ola social y el movimiento obrero alemanes pudieron crear y dar a luz el naturalismo, pero no pudieron sostenerlo en la vida. El burguesismo, por su parte, no podía evitar el nacimiento del naturalismo, pero deseaba poder destruirle. ¿Por qué no pudo el movimiento de los trabajadores sostener en Alemania el naturalismo literario? Sigamos preguntando: ¿Quiénes son en Alemania los consumidores de literatura? Contestación: la alta burguesía. ¿Por qué solamente la alta burguesía? Contestación: porque ella posee el monopolio de la cultura. Puede señalarse expresivamente que la literatura alemana está escrita apenas para un 10-20 por 100 del pueblo alemán. El restante 80 por 100 es extranjero a la literatura, y lo es tanto más cuanto que jamás se podría traducir a su idioma. Así era la situación a la vuelta del siglo XIX y así es hoy. Angosta es la base de la común ilustración alemana, y la postguerra ha señalado que casi es mortalmente angosta. La frase de Nietzsche de que el espíritu vuela sobre el pueblo alemán como bandada de cuervos, sigue siendo todavía verdad. Lo mismo entonces como hoy se encuentran los autores de literatura sin resonancia en la masa, en el 80 por 100 del pueblo alemán. Así están aislados y sirven exclusivamente a una alta y refinada clase. La otra Alemania, la kaiserista, la militarista y burócrata, esa no tiene ninguna apetencia de literatura: le basta con trabajo, subordinación y obediencia.

Cuando esos dos frentes asfixiaron el naturalismo, un cierto número de autores comenzó a vacilar entre un romanticismo recién encharolado, el individualismo y la mística. Comenzó a florecer la inconsciencia y se quería adscribir la nuevo camino revolucionario toda excitación. Entonces fué cuando una falsa marcha reaccionaria pretendió hacer de Holz su abanderado.

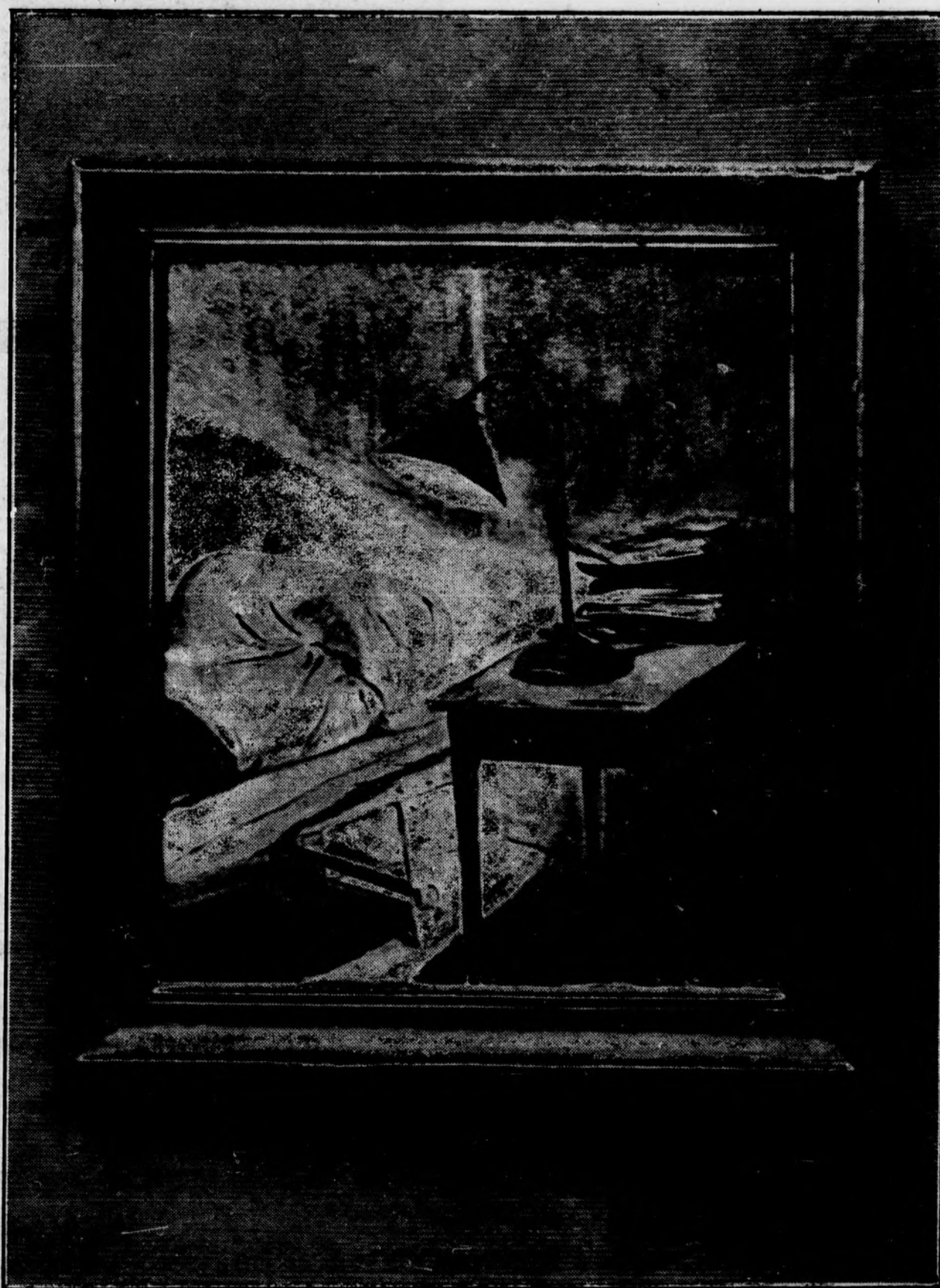
Ustedes recuerdan la fórmula de arte: arte = naturaleza — x. Un hombre que define tan radicalmente, no se deja desviar fácilmente aun cuando sea vencido en la lucha. Holz abandonó el naturalismo para volver a las formas comunes de la literatura, se ha dicho. Pero yo quiero afirmar: la última obra de Arno Holz es un reducto del naturalismo. Holz no ha ido con bandera levantada al campo de la burguesía. Visibles posiciones del naturalismo le han sido arrebatadas. Pero ha muerto con la desgarrada bandera en las manos. Si hubiera tenido la posibilidad de introducir el naturalismo en la clase trabajadora, entonces hubiera descubierto Holz que la literatura, antes que una cosa en sí o una asignatura universitaria, es la función del pueblo. Pero no lo hizo. ¿Por

qué? Téngase en cuenta el monopolio de la ilustración. Para conseguir consustancializar al obrero con el naturalismo le hubiera sido preciso romper con la literatura al uso desde las más enterradas raíces, y para esto le faltó convencimiento. Así permanece siendo el naturalista entre la clase. El debiera haber llegado al absoluto aislamiento, a un aislamiento libre de esperanza, si no quería llegar a escribir dramas y lírica al deseo de los burgueses. El creía de seguro que él sería al fin reconocido. El no se equivocó, pero equivocó su situación y su posición.

Podemos estar seguros de que Arno Holz es el precursor y el campeón del movimiento literario, que luchó por la realidad bajo el nombre de naturalismo y hoy se acerca a la Naturaleza en forma de teatro político y arte de tenden-

cias. De nuevo es reconocido que la literatura pertenece y se debe al pueblo viviente. Nosotros miramos hacia el tiempo de Holz: una orgánica y funcional relación entre pueblo y literatura es urgentemente precisa; pero esto no se podía establecer en 1900. Dos cosas son básicamente exigibles: ampliación de la ilustración común por *desbancamiento del monopolio* (capítulo inmenso), y del lado de los autores *vuelta hacia la gran masa*. Para alcanzar un auténtico naturalismo tenemos necesidad, en Alemania, de *rebajar el nivel general de la literatura*. ¡Fuera de las jaulas donde hoy está subida nuestra literatura y donde la ve la masa del pueblo sólo como atributo de «gente fina». *El interrumpido camino de Arno Holz debe ser proseguido.*

Como un fuerte y ejemplar hombre vive Arno Holz bajo nosotros. Su grito de batalla y el de los naturalistas es también el nuestro: ¡La Naturaleza, la realidad! ¡El arte dedicado con todos sus medios a la verdad! ¡Para la vida real y para un pueblo real!



Quadro titulado "La celda", uno de los varios lienzos que el revolucionario francés Vaillant Couturier ha ejecutado durante su permanencia en la Santé y que ahora expone en la Galerie de la Renaissance

EL MOMENTO HISTORICO

por C. FERGA

Existe una ley de física social la cual enseña que en el devenir sociológico de la Humanidad los más siempre invitan y repiten lo que hacen y dicen los menos. Esta ley es general para toda la vida sociable animal. La *imitación* y la *repetición* son cualidades propias de los seres ante las necesidades que el medio crea, y tienen un carácter marcadamente instintivo.

En las asociaciones humanas, evidentemente, es grande la importancia de la *calidad* de los menos en la dirección y guía de los más.

Esta *calidad*, naturalmente, no puede apoyarse en fundamentos arbitrarios y caprichosos. Es inútil que los menos traten de orientar y dirigir a los más en la secta estéril de principios inconcisos. Los más no siguen. Y en todo caso la mayoría refleja el estado híbrido de la minoría sectora. Cuando esto sucede, las minorías triunfan al margen de las mayorías, y este triunfo es una burla a la vez que una opresión de éstas. Para que la *calidad* de los menos encierre guía, orientación, dirección, es preciso que esté apoyada en fundamentos vitales, esto es, que haya una identidad vital entre los menos y los más, a fin de que la *imita-*

ción y la *repetición*, basadas en esta identidad, tengan su sentido natural. De lo contrario, la *imitación* y la *repetición* o son superfluas y resbalan sobre el medio social o son ficticias y se desvanecen rápidamente, o bien no llegan a producirse.

En realidad, no hay movimiento enérgico en la física de las colectividades que se pierda en el crisol de la vida social. Todos producen un efecto bien *directo* de acción creadora o destructiva, bien *indirecto* de reacción, igualmente de creación o destrucción, al enlazarse o chocar con otros efectos. El juego instintivo de los hombres es un juego inorgánico de factores que crean y destruyen de modo continuo la dinámica social.

La verdadera *calidad* de los menos, la calidad buena, no obstante, es sólo aquella que moralmente se nutre de las necesidades vitales, dejando a un lado lo superfluo y en contra de lo amoral que flota en el ambiente social; la calidad mala es la que desconoce, por omisión o por ignorancia, estas necesidades y se entrega de lleno al amoralismo o a la superfluidad del ambiente social.

Cuando una minoría en una sociedad es de calidad buena moral, los más le siguen; el pueblo está presente. Si es

mala, amoral o superflua, no vital, los más viven predispuestos a reaccionar contra ella o se atomizan pasivamente en el seno colectivo; el pueblo, en todo caso, está ausente de los acuerdos y decisiones que toman los menos para su gobernación.

* * *

El pueblo español está ausente del momento histórico que vive. La minoría llamada por ley natural a orientarle y a dirigirle apoya su calidad en el amoralismo y en la superfluidad social, y no en la moralidad de las necesidades vitales.

Al pueblo español se le habla en un lenguaje que no provoca ninguna identidad vital de los más con los menos. La forma de gobierno de una nación es, desde luego, una necesidad política para la colectividad; pero lo es absolutamente vital para la clase dominante. Los más subordinados a ella en tantos aspectos no sienten esta necesidad más que en la medida de la libertad política general que precisan para desenvolverse, mientras que la dicha clase dominante, los menos, se ve vitalmente de continuo amenazada. si el hilo de su legalidad se rompe; los factores sociales tienden, naturalmente

!!! UN LIBRO SENSACIONAL !!!

→ R U S I A ← A L D E S N U D O

540

páginas

OCHO

pesetas

El célebre escritor comunista rumano-francés, PANAIT ISTRATI, después de vivir dos años en Rusia, ha escrito este libro terrible sobre el régimen que allí impera bajo la dictadura de Stalin

Pedidos contra reembolso: EDITORIAL CENIT

Apartado 1.229. -- MADRID

Exclusiva de Librerías: C. I. A. P.

Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15

Ayuntamiento de Madrid

a la subversión en un estadio en que, a causa de la lucha por la existencia, la conservación de cada uno se encuentra a costa de la libertad y conservación de los demás.

En fin de cuentas, en la democracia burguesa, ya con Monarquía, ya con República, la «voluntad nacional» no es la voluntad de la colectividad, sino la de la clase dominante y los sectores que le son afines.

La ignorancia supersticiosa y la forzada dependencia económica del campesino, la tradición enquistada en la tierra, dará siempre mayoría a la clase dominante, aunque las ciudades, en el taller, incuben la renovación; los votos del campo están en todas las naciones en mayoría sobre los de la ciudad. Las mayorías legislativas de esta forma están basadas en una legalidad monstruosa que si de un lado es inhumana y opresora, de otro es negativa, contraria a toda renovación moral y destructora de los factores vitales de la civilización que ella misma, con el individualismo económico, ha creado.

Para la colectividad, empero, entre una autocracia personal y una democracia política, autocrática en el orden económico—orden vital: no hay libertad sin propiedad—, no puede haber discusión en la elección. Ante todo y por encima de todo, las asociaciones humanas contemporáneas necesitan, ante el complejo de los problemas vitales del presente, un grado de libertad general, un medio, donde las necesidades vitales se enfrenten en busca de solución. La solución ha de salir de ese medio, o, al menos, en él ha de encontrar el estímulo indispensable para que pueda un día cristalizar.

Políticamente, la gran masa de la colectividad española se interesa por esa libertad general tan anhelada. Pero, vitalmente, quien más se interesa es la clase dominante. Vitalmente, al pueblo no le importa el afán superfluo y amoral de los menos en la discusión de cómo debe ser la forma de gobierno de la nación, aunque le importe políticamente. Por ello mira como espectador activo—unos con indiferencia, otros con hostilidad—la lucha entablada en el seno de la minoría que en buena ley habría de orientarle y dirigirle. Entre los menos de hoy, los políticos españoles y la masa de la nación, no hay identidad vital, y, naturalmente, el pueblo está ausente de lo que podría llamarse nuestro actual momento histórico.

Unase a esto la atomización de los hombres en la sociedad española, en enorme mayoría, por el egoísmo—individualismo español diremos, siguiendo con la costumbre—de un amoralismo secular pasivo—sólo activo fugazmente—que aísla con la vida para sí a cada uno en la colectividad, y se comprenderá que la minoría dirigente de nuestros días, demasiado superflua, demasiado amoral, es precisamente la de peor calidad para llevar a cabo la formación de la nueva España.

No nos escudemos en el lugar común de la «vieja política». ¿Es que la que pretende llamarse nueva entre nuestras izquierdas es realmente nueva? Todo es viejo en la política actual en relación con el grado alcanzado por el conocimiento en los últimos cien años. Alguien puede pensar que España va rezagada en relación

con este conocimiento. Pero no. La España de hoy es ya Europa, desde que el capitalismo la incorporó al mundo, sacándola de la barbarie en que yacía, de la bastarda organización en que la sumió el absolutismo religioso. Por otra parte, el conocimiento en la civilización no tiene fronteras. La imitación y la repetición se extienden hoy en todos los órdenes con el progreso de las comunicaciones por todo el ámbito humano, como preludio de la futura y científica comunidad mundial. He aquí la importancia de la calidad de las minorías ante la gravedad crítica del momento histórico, que se bifurca en dos caminos: estado de vida inferior, derrumbamiento, el uno, y estado de vida superior, civilización universal, el otro.

Pero no nos quejemos de la minoría política de nuestro país sin más fin ni programa de gobierno que el de gobernar por gobernar. Europa entera vive la misma crisis de dirección vital. El continente camina a la deriva, no sólo porque falta una efectiva orientación y guía de los menos respecto de los más, sino, además, por la lucha amoral de intereses, de agudos instintivos individuales, enconada, destructiva, que entre sí sostienen los diversos sectores, alentados y dirigidos por los menos en descomposición ha-

cía una meta que persigue nada más que la conquista del poder, sin que ningún sector encierre una nueva creación política-social.

El momento histórico señala claramente el principio del derrumbamiento de la civilización. A él se llegará de no venir un hecho histórico causal—este científico racional, no espontáneo, enérgicamente arbitrario, como los que vienen rigiendo la historia de los hombres—, provocado por una minoría moral, que existe en todos los países, afortunadamente, aunque sin una concreta personalidad que lo contenga y que lo impida, poniendo en juego en las colectividades la supremacía del instinto social. Hecho histórico que emancipe al hombre de la barbarie del pasado y lo proyecte sobre un futuro universal de vida y principios integrales basados en el conocimiento científico de las leyes naturales por que se rigen las sociedades, las verdaderas leyes de la Historia. Sólo así la actual civilización saldrá de la situación grave por que atraviesa y podrán superarse los factores generales de progreso y creación hacia una civilización mundial digna de la inteligencia y de la razón humanas, identificados plenamente los menos y los más en todas las sociedades del planeta en una dirección social, vital y moral.

APELACION

BASCH Y LA DEMOCRACIA

por ANTONIO DE OBREGON

I

Desciende del tren, ante un nutrido grupo de intelectuales, un viejo sonriente. Es calvo, su nariz aguda y sus ojos inquietos y brillantes. A todos abraza y a todos sonríe M. Víctor Basch. Al día siguiente conferencia en el Ateneo. Lleno de público el teatro y de expectación. Le presenta Jiménez de Asúa. ¿Por qué esa interrupción de aplausos? Es que Asúa ha dicho que la Liga de Derechos del Hombre francesa y alemana son hijas de una revolución y que quizá sea precisa esa génesis en otros países más desgraciados... Ahora habla Basch. Orador a la usanza romántica, tiene momentos de brío prestísimo y momentos de suave piano. Su ademán es sabio y ajustado; su expresión, rebelde. Cuando se le aplaude, grita mucho más para hacerse oír. Víctor Basch habla muy bien, como orador y como francés, porque el francés suyo es el más claro de Francia. Con indignación o con entusiasmo, concreto siempre, esgrimiendo una alabanza o mascullando una acusación, el viejo y noble profesor de la Sorbona nos habla de la Democracia, de la Liga, de los atropellos fascistas y comunistas, de Economía, aludiendo a Juan Jacobo, a Ibsen, a Gracia, a Maurrás, a Aristóteles y a su Francia... ¿Por qué esa ovación estruendosa? Es que Víctor Basch ha tenido una frase justa para la actitud de los estudiantes e intelectuales españoles durante la dictadura... Lo que

continúa diciendo se sabe por la Prensa, aunque no se haya escuchado. Democracia. Derechas... Ya ha terminado. Por allí va, siguiendo a su larga chalina negra de republicano y rodeado de la Junta en pleno y del público. ¿Por qué esos nuevos aplausos después de los del final? Es que Eduardo Ortega le acaba de dar las gracias por su protección en París, con unas frases verdaderas y tan breves como las del día anterior en otro—aunque no el mismo—local cerrado, a pesar de que pareció lo contrario, a juzgar por la calidad de los interruptores... Otra ovación en los pasillos. Y a la salida. Un banquete suspendido. Y Basch que se va, dejándonos preocupados en una multitud de observaciones y de reflexiones tan tristes como curiosas. Allá van.

II

Admirado Víctor Basch: Viene usted a decirnos cosas que, en su esencia, fueron para nosotros, los jóvenes, las primeras letras ciudadanas. Viene usted a repetirnos lo que, en síntesis, aprendimos cuando nos asomábamos al ventanal de la Historia y nos conmovía—con una conmoción que no volveremos a gustar más de intensa y de lírica—la Francia de la revolución. Sin embargo, ha hecho usted bien en venir sin temor alguno. Aparte de que sus estudios sobre Ciencias sociales le ponen a nuestro lado actual, todo eso que usted ha di-

cho, antiguo, muy antiguo, resulta nuevo para nuestro pueblo. Hasta se puede decir, si se nos perdona el buen humor, que es usted un hombre lleno de «porvenirismo», porque todo eso que usted dice no se ha catado aquí aún. ¡Nos ha resultado usted un hombre del futuro, M. Basch!...

Sabe usted que somos jóvenes, porque se lo acabó de decir. Comprenderá usted que tengamos grandes deseos de violencia. Acúsame, M. Basch, de que, siendo demócrata, estoy deseando—en mi fuero interno—emplear la fuerza—nuestra fuerza—para imponer esa mi verdadera Democracia. Ya sé que nos mirará usted con ira; pero no queremos ocultarle esa verdad fatal. Su absolución—presidente de Derechos y de Libertades—no creo resulte difícil. Estamos en 1930 y es usted, para nuestro pueblo, una especie de quimera...

Otra vez hemos de solicitar su indulgencia. Voy a poner aquí un nombre griego. Voy a sacar a relucir nada menos que a Eurípides, que reluce siempre, aun escondido. Eurípides fué natural de Salamina, el mismo día de la batalla, y su sangre parece ser de la recogida en esa batalla. Nosotros, los jóvenes, también tenemos sangre de batallas. Nuestros padres fueron hijos del siglo XIX, y nuestra infancia—cuando nos asomábamos a la Francia de la revolución—contemplaba una guerra más cruel, por lo solapada, que la de Troya, en la que los cascos y los tronos querían imponerse a esa su—nuestra—Democracia. Digo todo ello porque Medea, tras ser la esposa de Ja-

són por merecimientos, ve, al llegar a Corinto, que Jasón se casa con la hija del Rey. A nosotros no nos extraña que Medea entonces abraza a su rival por la astucia. ¿A usted sí, M. Basch?

Nosotros teníamos una Democracia. Una Democracia que iba a salir de los libros para meterse en cada casa. Era nuestra esposa por merecimientos literarios, ya que no la vimos—aquí se destruye la eficacia de la cita—sino como promesa; pero como promesa firme. Y esa Democracia nuestra se da a los enemigos, a los «otros», como en el Adriático, M. Basch (y no digo como en la nieve porque yo estoy muy cerca de la nieve, y en los meridianos de la nieve a todo encuentro justificación...).

Víctor Basch: todo lo digo porque a ello nos lleva nuestra duda. Tratamos de prepararle a usted. Si para imponer nuestra Democracia la manchamos, no seremos dignos de ella, tiene usted razón, M. Basch; pero recuerde que Medea, después de sus crímenes monstruosos, se refugia en Atenas, al lado de Egeo.

Nosotros no pensamos en manchar nunca la Democracia ni las libertades. Como usted dice, pensamos elevarnos a la aristocracia de libres, de nobles y de orgullosos, de Libertad; pero si no cumplimos con ese deber, porque, como Eurípides, somos hijos de las batallas, concedáanos usted—presidente de Derechos y de Libertades—una Atenas. Sea usted nuestro Egeo.

Y, para terminar, ha tropezado usted con una palabra: Aristocracia.

«Hagamos que los Derechos del Hombre sean los Derechos del Español», dice Zulueta en un reciente artículo de *El Sol*. Durante seis años hemos estado en España bajo la voluntad de un dictador. Sin apelación a nadie, como no fuese a nosotros mismos, cansados de escucharlos antes de esos seis años, tampoco se conoció una auténtica Libertad ni una auténtica Democracia. Se llamaban liberales hombres que no eran sino vasallos de un Poder autónomo e inapelable. Hombres que, apaciblemente—y con las armas del Poder judicial en la mano y con Constitución—, se dejaban arrebatar el mando. Durante estos últimos seis años, ciudadanos españoles han visto cómo la Policía abría su casa, cómo se la registraba, cómo se lefan las cartas que recibía, cómo se le apresaba sin justificación, cómo se le condenaba sin sentencia legal. Y atropellos de toda índole.

Por eso el que llame pasado de moda a Basch, no como yo—joven—se lo llamo, sino poniendo en ello algo más que el concepto tiempo o el concepto juventud, sepa que es que incurre en una injusticia digna del Adriático...

Víctor Basch, con su chalina, con sus ojos brillantes, con su calvicie, ha sido escuchado con respeto. Para los jóvenes, constituye una enseñanza; para los mayores, un recuerdo grato de esas enseñanzas. Para todos, como una especie de «actualidad retrospectiva», si se nos pasa la expresión. Cosas de nuestro país y de sus volatines...

Se ha publicado

GEORGES CLEMENCEAU

GRANDEZAS Y MISERIAS DE UNA VICTORIA

He aquí el libro que la Prensa mundial ha estado discutiendo durante tantos meses; el libro que, según el *London Observer*, «formará parte de la sustancia esencial de la Historia moderna»; la expresión más enérgica con que el férreo director de la guerra interviene en la polémica palpitante suscitada por la guerra y la postguerra... Por sus páginas desfilan los actores principales de la gran tragedia: Wilson, con «su sonrisa de lobo amable»; Lloyd George, el hombre que está lejos de ser «el corderito angelical de la fábula»; House, «un supercivilizado escapado de las salvajerías de Texas»; Robert Cecil, «un cristiano que cree y quiere vivir su creencia»; Bonar Law, «el más cortés de los hombres inflexibles»; Venizelos, «hijo de Ulises y de Calipso»; Wellington Koo, «joven gato chino», y Hughes, y Pershing, y Poincaré, y Foch..., sobre todo Foch.

Si los libros sobre la guerra han revelado recientemente todo el horror de los purpúreos campos de batalla, el de Clemenceau acaso descubra la otra guerra, la de entre bastidores, menos sangrienta, pero acaso más feroz que la de las trincheras, incluso entre los que defendían una causa común...

Clemenceau ha visto durante años deshacer y rectificar su obra: se le ha acusado de haber ganado la guerra y perdido la paz, y encerrándose en un silencio heroico aguantó las críticas y hasta los ultrajes; pero llegó Foch con su *Memorial*, y de él, del hombre con quien había vivido «las grandes horas», no quiso aceptar las acusaciones sin rectificarlas, contestarlas y... atacar.

Polemista formidable, hombre acostumbrado a decir las verdades crudamente, sin temor a las revelaciones, por graves que sean, el «Tigre» ha escrito un libro que causará sensación y quedará como un documento histórico de interés universal:

GRANDEZAS Y MISERIAS DE UNA VICTORIA,

de la que los periódicos más importantes del Mundo acaban de publicar algunos capítulos, puede adquirirse en todas las librerías al precio de

SEIS pesetas.

M. AGUILAR, EDITOR.—MARQUÉS DE URQUIJO, 39

APARTADO 8.011.—MADRID

Panorama de la nueva Arquitectura más allá y más acá de los Pirineos

(De la conferencia dada en la Residencia de Estudiantes por nuestro compañero el ilustre arquitecto señor García Mercadal.)

Las corrientes modernas artísticas están en franca oposición con el arte derivado del folklore, y así, para la nueva escuela, la Arquitectura debe de responder única y exclusivamente a la utilidad y a la economía, debiendo ser el exterior función de la planta.

Un momento de gran interés para la

y cuyo marco ya no puede ser en modo alguno el mismo.

Es de lamentar también que aun entre gentes cultas que combaten el Arte moderno perdure la idea de que todo cuanto nos precedió es bueno, abusando de la palabra clásico, repudiando todo lo que en el arte de la casa suene a moderno y admitiendo, sin embargo, aquellos adelantos que les procura la ciencia y la industria.

Difícil fué para los precursores que

sus caracteres regionales y nacionales, será muy pronto universal, como lo fué en todas las grandes épocas. A medida que los medios de transporte, la higiene, el confort, la cultura y la educación se extienden, los gustos, las costumbres, las necesidades individuales se unifican en todas las latitudes, y con la multiplicación de aquéllas llega el progreso y con él la nueva Arquitectura, que comienza aquí a ser sentida por una élite que es de esperar llegará pronto a ser la necesidad de todo el mundo.

Es lamentable que al tratar de la Arquitectura moderna debamos hacer la separación señalada en el título de esta conferencia, debido a que, como veréis, la Arquitectura de más allá de los Pirineos no coincide en modo alguno con las que definen nuestra Arquitectura nacional. El símbolo y la anécdota, ya desterrados de la Arquitectura europea, siguen siendo el delirio de nuestros más brillantes colegas, virtuosos del lápiz o maestros en el arte de la intriga.

La nueva Arquitectura no es producto de la imaginación ni trata de crear una ilusión, siendo ante todo la consecuencia del uso racional de los materiales modernos, hoy más que nunca materiales desnaturalizados.

El desplazamiento de los valores sociales y los nuevos factores introducidos en la vida contemporánea dan a la Arquitectura nuevo interés y le abren nuevos horizontes, y así las construcciones obreras responden hoy, más que a un nuevo estilo, a la busca de una originalidad, al deseo de solucionar el más interesante de los problemas sociales actuales. Este estilo es honesto y no pretende simbolizar nada: el máximo confort sin lujo inútil es su lema.

Buscar, pues, futuros arquitectos, siguiendo estos ejemplos, las formas simples, puras y perfectas, y huir de buscar la belleza por la belleza, y sobre todo no os alucinéis con la palabra moderno; tened en cuenta lo que Camille Maclair ha dicho: «Una cosa bella tiene el aire de haber existido siempre.»

Arquitectura fué la Gran Guerra, que abrió tan profundo cauce que cuanto se piensa después es diferente de lo que antes se pensaba, como si la guerra hubiese creado actitudes y recursos distintos de los que teníamos años antes.

El eclecticismo, que envenenó a Europa y que venía a modificar continuamente nuestros ideales y nuestros gestos, no tenía razón de existir, y a la Arquitectura, que era su fruto, superflua y vanidosa, comenzaba a llegarle su mala hora.

Van De Velde, el ya citado arquitecto belga, decía: «Todo lo que es perfectamente útil debe ser necesariamente bello.» Verdad capaz de suscitar un estilo nuevo. Y así es; la Arquitectura, sin racionalismo, se hace decorativa, perdiendo su esencia, su vitalidad estructural.

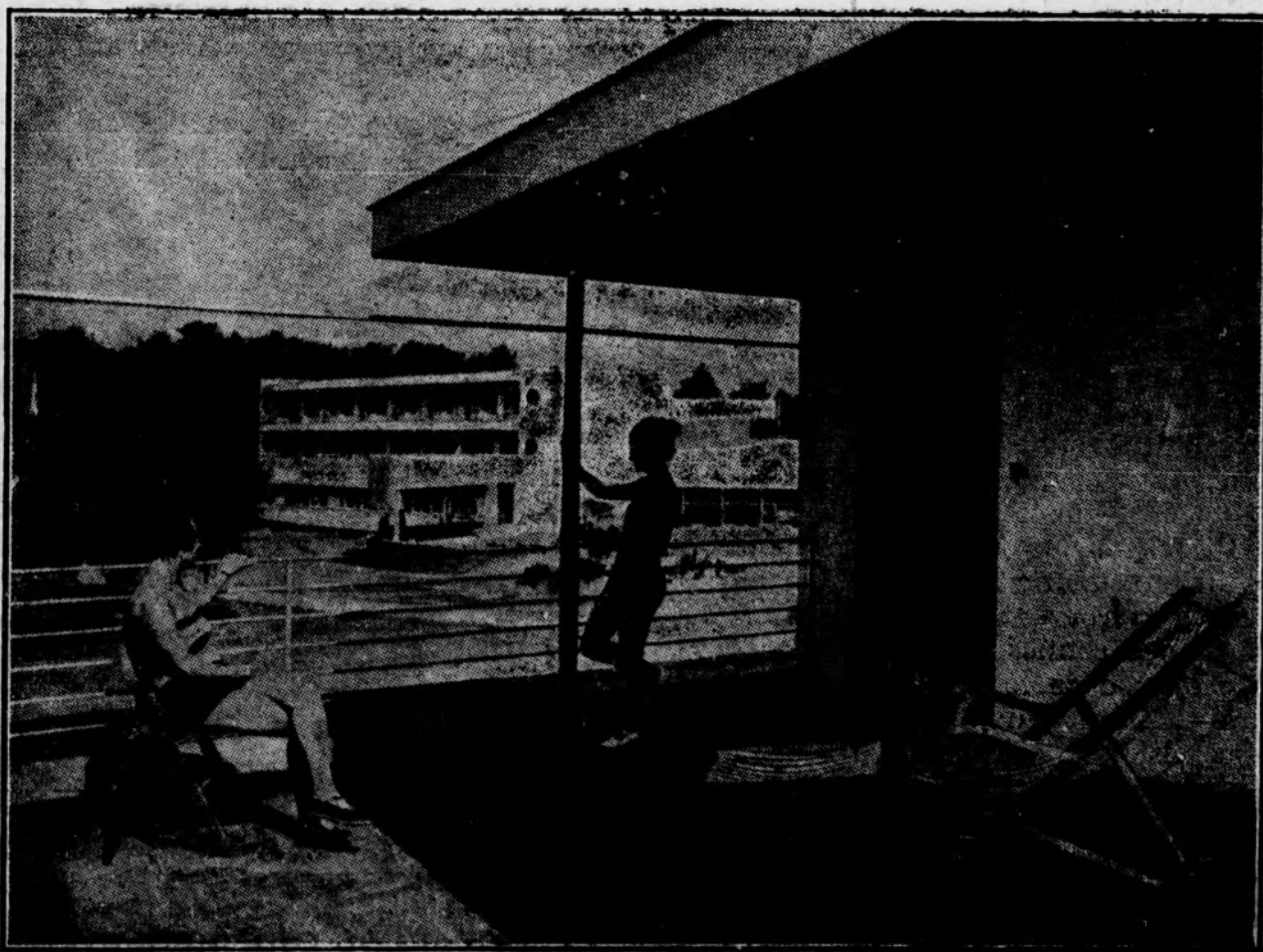
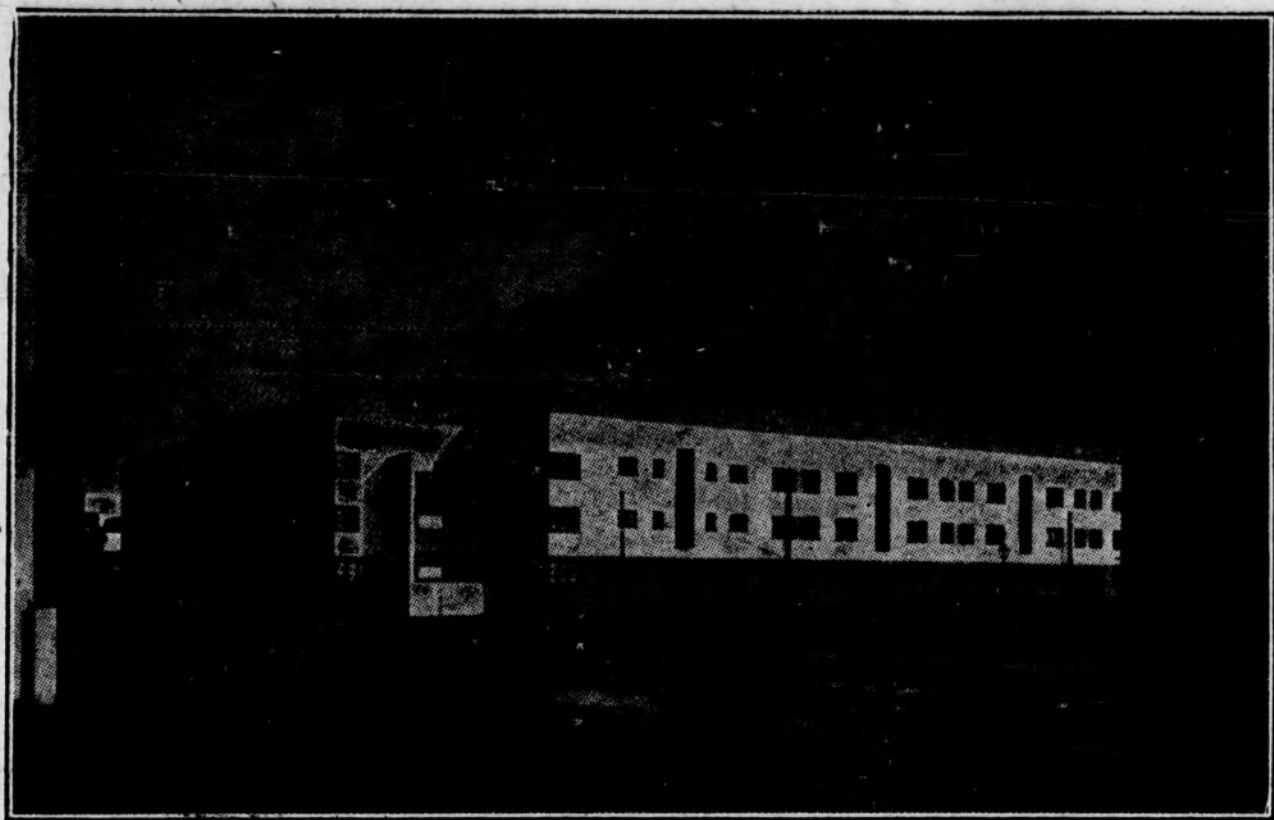
Disiparse en la decoración es desconocer el valor plástico que la Arquitectura tuvo en todas las grandes épocas, del que la moderna Arquitectura hace un uso nuevo, fruto de una sensibilidad y de una construcción distintas.

El servilismo de los arquitectos ante el mal guiado instinto artístico de su clientela hace que se sigan aquí repitiendo fragmentos de la Universidad de Alcalá o de Toledo aun por nuestros más sólidos prestigios.

Es indudable que la nueva atmósfera creada por las ideas modernas y por la transformación radical de satisfacer las necesidades de la vida material han conducido a un tipo humano distinto de aquel que caracterizó los pasados siglos

hemos citado demoler el fárrago decorativo del siglo XIX, época en que los arquitectos no supieron comprender la lección del pasado o la interpretaron mal, y así Spengler pudo escribir con razón: «La Arquitectura muere hacia 1800.»

La Arquitectura, después de perder



ALGUNOS PROBLEMAS DE ANTROPOLOGIA VISTOS POR UN DARWINISTA MODERNO

por N. PERCAS

(CONCLUSIÓN)

ayudaron a la comprensión del funcionamiento del organismo normal. Así se ha podido averiguar que si la glándula pituitaria es de tamaño normal, por resultado el gigantismo, y si es muy reducida produce el enanismo. En el primer caso se observa en los adultos que la cara se arruga y se alarga, la mandíbula engrandece y la nariz se vuelve prominente, las manos, los pies, la piel, el pelo y hasta la misma mentalidad varía. Si es la acción de la tiroidea que es defectuosa, la cara deviene corta y ancha, la nariz se hunde en la parte superior y se vuelve ancha y chata; el pelo y la piel cambian también, y la estatura cesa de crecer. Cuando la glándula adrenal es defectiva, la piel se oscurece, debido a la deposición del pigmento, y el resultado es un cambio de color de la piel y del pelo. Así es que «por el juego libre y la acción mutua de las hormonas, la estatura y la fuerza pueden aumentar o disminuir; la pigmentación de la piel puede ser atenuada, la textura y la distribución del pelo, alteradas, los rasgos faciales transformados y la mentalidad y las reacciones emotivas grandemente modificadas. Además, es muy probable que ciertos elementos contenidos en los alimentos, conocidos bajo el nombre de vitaminas, pueden intervenir y alterar el mecanismo de las hormonas que dirige el crecimiento y determina las características raciales».

Por este procedimiento la Naturaleza creó y continúa creando nuevas razas.

A esto se podría objetar:

a) Que la acción de las vitaminas sobre las glándulas endocrinas es todavía hipotética.

b) Si las vitaminas tuviesen una acción tan directa sobre las glándulas endocrinas, sus efectos se notarían en seguida sobre los hombres emigrados a otros continentes. Estos, al alimentarse del producto del país, pronto experimentarían ciertas modificaciones que permitirían a la selección natural de intervenir.

En general, el profesor Keith, que es un darwinista decidido, rehuye en sus obras de toda explicación lamareckiana y se limita voluntariamente al más estricto darwinismo. Es más darwinista que Darwin—puesto que el ilustre autor del *Origen de las Especies* no tuvo ningún inconveniente en admitir, con Lamarck y Herbert Spencer, que las modificaciones somáticas adquiridas por el uso o desuso de los órganos son hereditarias—. Pero Huxley—continuador y mejor discípulo de Darwin—negó por completo esta aserción. Se cerró así todo camino hacia una explicación racional del transformismo y, por fin, se vió obligado a recurrir a ciertos argumentos teleológicos. Para explicarse el fenómeno

de la adaptación, Huxley llega a suponer que el plan original estaba ya esbozado y el fin estaba ya prefigurado en las primeras agrupaciones moleculares, de las que salieron los seres vivos. El profesor Keith, al seguir las huellas de Huxley, se ve emplazado ante las mismas dificultades, que patentizan claramente la debilidad del neodarwinismo, y admite, reforzándolas, las ideas teleológicas de Huxley. Dice, por ejemplo: «El sistema de las hormonas, para dar los resultados que da, debe de estar construido sobre una base teleológica.» El hecho de recurrir a estos argumentos puede interpretarse como una renuncia a hallar una explicación racional. El problema es muy arduo, en verdad, pero no se resuelve nada con la teleología. Esta deja subsistir todas las incógnitas anteriores, agravadas por las nuevas que añade inútilmente. Si es para llegar a este resultado, más vale dejar la explicación de ciertos hechos para cuando la ciencia esté más adelantada. ¡Cuántos argumentos teleológicos resultarían entonces completamente superfluos!

El instinto racial es el conservador de la nueva raza

Cuando, en un lugar cualquiera del planeta, la acción de las vitaminas sobre las glándulas endocrinas ha producido una nueva variedad humana, ésta tiende a aislarse de las demás, por lo que co-

múnmente se suele llamar *prejuicio de raza*, y que es el *instinto de raza*.

Por el estudio de las tribus australianas podremos comprender el mecanismo de que se vale la Naturaleza—sir Arthur Keith escribe siempre esta palabra con mayúscula—para conservar sus nuevos y más recientes productos, ya que es en Australia donde hallamos hoy un modo de vivir que cesó en Europa hace más de ocho mil años. Este mecanismo se basa en el *instinto tribal*, que tiende a aislar los grupos humanos, y evita así la fusión de varias tribus en una masa amorfa. El instinto tribal juega, por lo tanto, el mismo papel entre los hombres que el aislamiento producido por factores geográficos en las especies animales.

En Australia, una tribu a menudo difiere de sus vecinas en estatura, facciones de la cara, forma del cuerpo y también en atributos mentales, de modo que cada grupo local o tribu aislada podría ser la cuna de una nueva raza.

Este mismo concepto del papel desempeñado por el *espíritu tribal* es el que sostiene el profesor F. H. Geddings en sus *Principles of Sociology*, que él llama la *conciencia de la especie*.

Esta influencia del aislamiento es tan importante, que si el espíritu tribal llegase a desaparecer, entonces las fronteras raciales se desvanecerían, y la humanidad se reduciría a una masa uniformemente gris en todo el orbe. Mientras que la separación persistente de una comunidad primitiva en grupos locales o tribales es



En la presente fotografía aparecen, a la izquierda, el mariscal Feng Yu-Shiang y, a la derecha, el general Yen Hsi-Shan, comandantes de los ejércitos de tierra y mar de China. Ambos oponen actualmente su dictadura a la del general Chang Kai Shek, al cual pretenden derribar.

Ayuntamiento de Madrid

muy favorable para la creación de nuevas razas.

Gracias a este instinto, que aparta las razas e impide su hibridación, la Naturaleza conserva los grupos más evolucionados. En el esfuerzo para mantener la pureza de su sangre, la raza blanca obedece, pues, a uno de los instintos más profundamente arraigados en la Naturaleza humana.

Esta parte de las conclusiones del ilustre profesor vienen en apoyo del prejuicio, tan arraigado entre los anglosajones contra todos los hombres de color. Será, además, la parte más discutida, porque, aparte del interés puramente especulativo, toca cuestiones de índole político-social, que rara vez suelen debatirse con la debida tranquilidad. Desde el punto de vista científico, se puede argüir en contra de estas aserciones:

a) Que no es de temer que la Humanidad se vea un día reducida a una masa uniformemente gris, si viniera a desaparecer el prejuicio de razas. Porque, aun en el caso inverosímil en que durante algunas generaciones los hombres de toda la tierra contrajesen uniones mixtas y esto diera por resultado la formación de un nuevo tipo humano, en el que confundiesen todas las características raciales existentes hoy, bastará la influencia modificadora del medio ambiente geográfico para diferenciar a los hombres en nuevas razas. Los mismos factores que han moldeado a las distintas razas humanas y a todas las especies animales y vegetales, continuarían su obra diferenciadora sobre este nuevo tipo huma-

no, y, al cabo de cierto tiempo, crearían nuevas razas, que se parecerían en sus líneas generales a las hoy existentes. Claro que esta semejanza no podrá llegar a la similitud, porque como la evolución no es reversible, los mismos factores físicos de evolución obrarían sobre un material que lleva ya una herencia de caracteres adquiridos. La yuxtaposición de caracteres nuevos podrá ocultarlos, pero no borrarlos completamente. Supongamos, por ejemplo, que una raza negroides se trasladara a la cuenca del Mar Báltico—cuna de la raza rubia—y se estableciera allí; si una nueva raza rubia se formase bajo la influencia de este nuevo territorio, algunos caracteres negroides no se borrarían, sino que las nuevas adquisiciones se superpondrían a ellos y se mezclarían con los rasgos anteriores de tan intrincada manera, que el resultado sería una raza completamente nueva y distinta del hombre rubio de hoy.

b) Si el prejuicio de raza fuera un instinto que la Naturaleza pone en juego para conservar la pureza de las razas más aventajadas, no veríamos a las otras ramas blancas (Franceses, alemanes, rusos, españoles, portugueses, etcétera) carentes de este instinto cuando se encuentran en contacto con otras razas, y, al revés, razas de las más atrasadas (negros de Africa y de Australia, tribus Surafricanas o indochinas, bosquimanos, etcétera) presentar este prejuicio al más alto grado. ¿Será tal vez que la Naturaleza considere a los anglosajones como su obra maestra y, temiendo que se diluyan en el resto humano,

los ha provisto de un instinto racial tan fuerte?

c) El color oscuro de la piel no es una indicación racial, ni cultural, sino sencillamente una adaptación debida al clima y que se desarrolla en los que están mucho tiempo expuestos al sol tropical. (C. E. Woodruff, O. Ammon y otros.)

d) Es probable que el Hombre, como los demás Primatas, fuese primeramente tropical, y que se haya luego extendido a climas más fríos, sólo gracias a la invención de los trajes; resulta, pues, que una piel oscura sea más natural que una blanca, y que ésta no sea sino una modificación secundaria. En otras palabras: el color de la piel tiene una significación puramente biológica, y no tiene, en sí, relación con la cultura. (H. H. Wilder.)

Sin embargo, hubo en Francia una voz que se elevó en contra de las uniones interraciales: fué la de Anatole France, quien, hablando de la obra de Pierre Loti, *Madame Chysanthème*, dice: «Las uniones de las hijas de los hombres con los hijos de Dios que cubrieron las aguas del diluvio, no eran ni tan impías, ni tan dolorosas. Casar a Loti con Rarahu, al spahi con Fatu-Guey, unir a los hombres blancos con pequeños animalitos amarillos o negros; he aquí lo que Chateaubriand no se imaginaba completamente cuando deshacía, con melancólica coquetería, las negras trenzas de las dos floridianas, a tres cuartos españolas.» Tal vez esto sea la traducción en lenguaje literario de lo que nos dice el ilustre antropólogo inglés, al hablarnos del «instinto de la raza».

S O N A J A

(POESIAS)

== MAX JIMENEZ ==

el libro de la nueva
sensibilidad americana

4

PESETAS

De venta en todas las librerías de España y América



por JOSÉ DE LA FUENTE

La imagen y la luz

Los modos de expresión del cinema son la luz y la imagen. El gesto, que ocupa un primer puesto en el teatro, ha retrocedido de categoría al pasar al cinema. El gesto es importante, pero no vital. Podría haber películas (y de ellas se han hecho satisfactorios ensayos) en las que no terciase el hombre o no apareciese su cara. Creemos más en la fotogenia de las cosas que en la de los gestos. Un estado de alma se expresa mejor, más fina, más cinematográficamente, con una mano, un periódico o un cigarrillo que con el bigote cínico de Menjou o la carota de Jannings.

El buen director busca la fotogenia de las acciones naturales del hombre y la hace resaltar; si observamos sus obras, constantemente nos darán pruebas de proceder así. Generalmente no usan la metáfora; sólo recurren a ella los que no saben encontrar lo cinematografiable de un acto humano. La metáfora siempre ha indicado pobreza de espíritu o de expresión.

La misma escena, vista por un pseudo-director o por un verdadero cineasta, varía totalmente en su realización y deja apreciar, en este cambio, sus auténticos valores.

Tomemos como ejemplo una escena, repetidísima en todas las películas: la deshonra de una mujer.

Hace dos años admiramos en una película Fox, interpretada por George O'Brien, este modo de resolver la escabrosa escena: El y ella se apartan de la sala de baile al jardín o terraza. El enciende un cigarro. La abraza, y el ciga-

rrero, recién encendido, cae al suelo. Un primer plano del cigarro en el suelo. Unas vistas de las parejas, abrazadas, bailando en el salón. Un primer plano del cigarro en el suelo, ya consumido. El y ella entran, serios, en el baile.

Esto, resuelto así, sin alusiones concretas y con la ironía que supone pasear por la pantalla a las parejas apretujadas, entre los distintos planos del cigarrillo, cataloga en muy buena altura a quien lo dirigió.

Vamos a fijar nuestra atención en la misma escena, realizada por Benito Perrojo en *La Bodega*.

Incidentalmente daremos nuestra opinión sobre dicho «film». *La Bodega* nos parece una pobre película con pretensiones. Se une, a un escenario absurdo de la obra de Blasco Ibáñez, una gran pesadez, y lentitud en las escenas y falta de imaginación para sacar partido a la sonoridad. Por parte de la dirección notamos dudas de principiante, exceptuando unos planos, pocos, de la gañanía.

Volviendo al motivo de esta alusión, diremos que en ninguna película vimos resolver la deshonra de una mujer de un modo más brutal—sin realismo—en lo que tiene de alusión, más antidelicada y antielegantemente que aquí: Parera abraza a Conchita Piquer, borracha, y la cámara toma, a continuación, la vista de una hornacina de cristal cubriendo una imagen, que desaparece. ¡Qué genialidad! Una virgen que desaparece. Y conste que si calificamos de brutal la alusión no es porque se haya hecho por mediación de una de las innumerables vírgenes que pueblan el cielo, sino por lo que tiene de grosería, de charla de café. Sin nada de realismo, sin nada humano. Esto se le ocurre a cualquiera.

La relación más cercana que se puede establecer, con respecto a la deshonra de una mujer, es la de la virginidad, y se podría usar de ella cuando el público no comprendiera de otro modo. Pero nuestro público, en esa cuestión, no necesita explicaciones para suponer lo que ha pasado entre un hombre y una mujer abrazados y solos en una habitación. Las posteriores referencias, no sólo son innecesarias, sino que resultan de mal gusto.

Así, pues, el realizador cinematográfico no debe describir, sino proporcionar un detalle lo suficientemente fino para dar la impresión, y este detalle es lo fotogénico, lo que solamente encuentran los verdaderos valores de dirección. Este es el lenguaje del cinema. Lo demás es ilustrar fotográficamente una novela.

La luz ayuda a la imagen y la complementa. Es la luz de la película la que «pone en ambiente» al público. Con la luz de *Beau Geste* se comprende que un sargento ponga cadáveres en las arpilleras; con la de *El Ángel de la calle* se considera natural que una niña se esconda en un bombo de payaso. Las luces son el cincuenta por ciento del valor emocional de la película. Por eso pesan las películas alemanas; sus vodeviles no podrán nunca alegrar al espectador tan franca y rotundamente como una comedia americana. Asimismo, con la técnica de luces americana no se podría haber llegado a hacer un *Metrópolis*, un *Gabinete del Doctor Caligari* ni un *Spione*. Los alemanes tienen todas las preocupaciones, todas las sombras, toda la sinceridad, pueda ser, de la vejez; los americanos, por el contrario, poseen la franqueza, el optimismo de la juventud. Y si han llegado a dar alguna vez, en el cinema, muestra de ello, ha sido debido, no a los argumentos que han empleado, sino a la luz de que se han servido para realizarlos.

Por eso creemos que, aunque lo principal en el cinema sea la imagen, inmediatamente después y antes que el gesto, la luz es su principal ayuda y complemento.

C

2

C

E

SANTA
MISERIA

L

I MAN

E

N

POR

Sill en p a a

I

POR

Ramón J. Sender

N

I

CINCO pesetas

B

CINCO pesetas

I

T

O

T

E M O C I O N A N T E S



ALVARO DE ALBORNOZ.—*El Gobierno de los caudillos militares.* Madrid, 1930.

Pretendieron nuestros liberales del pasado siglo aplicar a España el liberalismo aprendido en Francia e Inglaterra. La frase de que «hay quien cree que existe una receta de hacer Constituciones como de hacer morcillas» puede muy bien aplicarse a nuestros «avanzados», que no supieron ahondar en el carácter español para buscarle los adecuados reactivos políticos.

La acción, frente a la gobernación del país, de cuatro de estos caudillos, es estudiada de manera crítico-histórica en las páginas de este libro de Albornoz.

Son los cuatro tipos bien distintos, desde el reaccionario al progresista, desde el honrado al sin escrúpulos, desde el violento al astuto; pero todos ellos con un denominador común: la incapacidad para gobernar.

Espartero es la buena fe, la que siempre han tenido nuestros liberales; cree que las luchas políticas son como las guerreras de aquella época, es decir, leales; pero él, caudillo liberal, tiene que entenderse con las derechas, que no saben de lealtades. Sus enemigos en la gobernación del país son enemigos invisibles, imposibles de vencer sólo con el arrojo; para vencerlos son necesarias otras cualidades, de las que Espartero carece.

Bajo Narváez, la vida política de España es más dura que la de un cuartel; la sumisión cuartelera tiene un límite: las ordenanzas; la española de aquella época—y de otras—no tiene más límite que la arbitrariedad de un general. «Narváez o la matonería soldadesca» se titula, muy acertadamente, el capítulo destinado a estudiar este caudillo. Más adelante se sintetizan con maestría sus ideas frente al Poder: «Ambición de mando. Violencia sistemática. De la justicia, ni idea.» Otro caudillo es O'Donnell; bajo su mando se realizan los más sucios negocios. Y, como para gobernar a su antojo es muy conveniente distraer la atención del país, utiliza el conocido truco político de los problemas internacionales; resultado de ello son las guerras de Marruecos, Méjico, Santo Domingo, Chile, Perú, etc. En ellas quedan millones del Tesoro y miles de soldados.

De diferente cuño es la figura de Prim; los otros tienen una idea fija: la de mandar en España; Prim tiene la de libertar a España. Las cualidades políticas de Espartero, Narváez y O'Donnell son nulas; Prim, en cambio, tiene la sagaz visión de Méjico y Cuba. Pero cuando llegó la ocasión de gobernar, también demostró su incapacidad.

Es curioso el calor que Albornoz pone al estudiar la figura de este general-político; pero no es extraño: el autor siente tan gran amor a la libertad como Prim, y, como a Prim, las persecuciones y los destierros no han servido más que para que cada día tra-

baje con más fe hacia la consecución de su ideal.

Se cierra el volumen con un ensayo sobre la Revolución de septiembre, ensayo interesante—entre otras cosas—porque en él se estudia un momento de la historia política de España con un criterio que pudiéramos decir de interpretación materialista de la Historia.

M. G. P.

LUIS ARAQUISTAIN.—*El ocaso de un régimen.* Madrid, 1930.

El nuevo libro de Araquistain nos enfrenta una vez más con la realidad política de España. La realidad ya no es la misma de siempre. Un espíritu crítico sorprenderá en ella, además de los lentos cambios de matiz que se van sucediendo, el nuevo planteamiento de muchos problemas fundamentales que hace diez años—cuando publicó Araquistain *España en el crisol*—parecían incommovibles. La dictadura ha sido un manífico revulsivo para la conciencia liberal de nuestro país y, sobre todo, ha tenido el involuntario acierto de establecer la vieja pugna entre absolutistas y liberales en sus verdaderos términos. Hoy no puede haber duda ni opción en muchos dilemas de antaño. Por ejemplo, hoy sabemos con meridiana evidencia que, como dice Araquistain, un verdadero liberal no puede ser monárquico en España. Ni puede, disfrazado de republicano con un republicanismo de mera repetición histórica, volverse de espaldas a las aspiraciones obreras de tipo socialista. Felizmente, el nuevo republicanismo se halla al margen de la ideología

burguesa y se nutre, cada vez más, con esas ideas económicas, jurídicas, estatales, que dan vida e impulsan el movimiento obrerista de todo el Mundo.

Pero si una República verdaderamente moderna no se concibe sin esa fecunda infusión de los principios socialistas, un socialismo verdadero tampoco se concibe fuera de la forma de gobierno republicana. No lo olvidemos ni unos ni otros. Si lo olvidásemos en estos momentos críticos que empieza a atravesar España, peligraría la causa básica de la libertad y la democracia, y, arrolladas éstas, tan imposible serían de realizar los ideales típicos del republicanismo como los ideales típicos del socialismo. Ideales en rigor—y en lo moderno—homogéneos y confluentes.

En el libro *El ocaso de un régimen* estudia Luis Araquistain la vida política española de dentro a fuera; desde su infraestructura, que no puede ser otra cosa que la psicología racial del español, hasta los aspectos exteriores, que son: la atonía del espíritu civil, las batallas cómico-trágicas de los partidos históricos y, en suma, el proceso de muerte y putrefacción que alcanza, en inevitable y conjunta miseria, a todo el régimen tradicional.

Dicho se está, tratándose de un escritor del talento y la fuerza dialéctica y expresiva de Araquistain, que su nueva obra colma las apetencias doctrinales y literarias del mejor lector.

E.

A. FROESE.—*Trigeminoterapia.* Editorial España. Traducción del alemán de R. Fraile. Prólogo del Dr. Sanchís-Banús. Madrid, 1930.

Por esta misma época hace un año, Asuero constituyó el escándalo de la intelectualidad y la Medicina española. Su pretensión, de un matiz francamente paranoico, le hizo popular, y el deleznable



El profesor Blanchetierre rodeado de los alumnos de la Facultad de Medicina, de París, que se niegan a estudiar con él porque les trata con excesiva dureza en Ayuntamiento de Madrid los exámenes

espíritu crítico, ambiente tan reciamente español como una procesión de Semana Santa andaluza, le elevó a la categoría de bienhechor de la Humanidad doliente. Y de esta forma, el inconsciente vasco se valió de su carrera como de trampolín—cuya homología francamente religiosa es indudable—para llegar a ese núcleo fundamental de la personalidad humana que reacciona con arreglo a las normas del principio del placer. Y así, convertido en taumaturgo *demodé*, le vimos lanzar a la cara de los ignorantes toda una serie de herejías científicas, que producían el asombro y la indignación de los espíritus científicamente honrados. A esta indignación siguió una ironía emplazadora. Y es que cuando se alcanza el nivel máximo de producción de la amargura, el espíritu se encierra en una ironía escéptica y rencorosa que se traduce en una postura de calma. Los que sabíamos lo que había de suceder con Asuero, sonreíamos esperando nuestro momento. Sonreíamos quizá por lo que de humano tenía el espectáculo, que diría Bergson.

El suceso entró, al cabo de una temporada de vida esplendente, en una agonía lenta, suave, irremediable. Idéntica a la agonía fatal de esos fetos monstruosos con los que de vez en cuando la Naturaleza se venga de la eugénica.

Y al cabo de un año aparece este libro de Froese, tan lleno de enseñanzas para todos aquellos médicos que juzgaron tan a la ligera la posible parte de verdad que admitían en la nasoterapia asuerística (prefiero darla este nombre hasta que Asuero la bautice). Médicos que contribuyeron, con su andrógina postura en ocasiones, a esparcir un ambiente lleno de confusión entre los tontos que se creen todo aquello que está escrito en letras de molde. Froese les enseña la única manera que hay de formarse una opinión sobre una determinada cosa: la experiencia y el estudio. Y cuando se decide a abordar la cuestión en público de la pretendida acción terapéutica de los toques nasales, lo hace en posesión de una casuística cuidadosamente criticada y con un conocimiento profundo de la biología del sistema nervioso. Su experiencia personal data de 1908. En el libro en cuestión, la casuística se compone casi exclusivamente de individuos portadores de cefalalgias. A mi entender, Froese se deja arrastrar por conceptos predeterminados en él. Muchos de los casos cuya curación comenta no resistirían una crítica desprovista hasta el grado mayor posible de factores catatímicos. Pero, a lo sumo, Froese no hace en esto otra cosa que equivocarse. Y equivocarse es tan humano que quizá cuando tal cosa suceda no se pueda hablar de fracaso, pues las investigaciones honradamente emprendidas tienen siempre un valor positivo. Los que fracasaron fueron los que aquí, en nuestro país, se dedicaron a manejar la trigéminoterapia como único fin especular. A éstos, ahora que ya ha pasado la fiebre, no deben olvidar los médicos, para colocarlos en todo momento al margen de la amistad colectiva.

Consta el libro de Froese de cuatro capítulos. En el primero estudia, manejando una bibliografía un poco ambigua, las corrientes de acción rinógenas en el

EL BANQUETE A MARCELINO DOMINGO

El día 7 se verificó el hermoso acto de admiración y homenaje al ilustre jefe republicano Marcelino Domingo. En torno a las mesas del banquete se sentaron cerca de mil correligionarios, amén de dos o tres docenas de policías convenientemente—*passer le mot*—repartidos. Se leyeron algunas adhesiones, pues el leerlas todas—unas mil quinientas—hubiera sido tarea larga. Fueron acogidos con grandes aplausos los nombres de varios adheridos: Lerroux, Cueto, Valle-Inclán, Castrovido, Marañón, etc. Junto al Sr. Domingo se sentaron Azaña, Jiménez de Asúa, Albornoz, Tapia, Bello, Eduardo Ortega y Gasset y Araúz.

No extractamos lo que dijeron los oradores, porque ya lo conocen nuestros lectores por los diarios. Hablaron Asúa, Azaña, Albornoz y Eduardo Ortega.

Muy pocas palabras pronunció, con

voz ronca y colérica, este admirable rebelde y viril ciudadano. Pero las pocas que dijo fueron definitivas.

Lea usted NUEVA ESPAÑA

Todos nos quedamos con el deseo de oír el discurso que hubiera pronunciado Marcelino Domingo. No fué posible. Cúponos, sin embargo, a los admiradores del gran político, y, sin duda, a éste mismo, la enorme satisfacción de comprobar el entusiasmo y la multitudinaria adhesión que su talento, su valor y su conducta despiertan en España.

EL HOMENAJE A PABLO IGLESIAS

A medida que pasan los años aumenta el merecido culto a la figura sin par de Pablo Iglesias. Son los socialistas los fieles guardadores de estas apostólicas cenizas. Pero son, juntamente con los socialistas, los espíritus libres y democráticos de España, y aun de todo el mundo, los que conservan fervor inextinguible por la vida y la obra del hombre insigne que redimió al obrero y no claudicó jamás ante la oferta del poderoso ni ante las crueldades de la persecución.

Un monumento funerario de notable belleza ejecutado por el escultor Sr. Barral y el arquitecto Sr. Azorín, se yergue emotivo y sereno en el Cementerio

Civil del Este, a la memoria del precursor.

Puede afirmarse que ante el monumento desfilaron, durante todo el día 6, muchos millares de personas: las sociedades obreras, todos los socialistas madrileños y representantes de provincias, escritores, artistas y hombres de ciencia, en gran número. Los señores Besteiro y Saborit pronunciaron algunas palabras de recuerdo y homenaje al fundador del socialismo español.

El acto, en suma, resultó, no sólo noble y emocionante, sino trascendental, porque puso de manifiesto el auge que van tomando las ideas que defendió y predicó siempre el glorioso Pablo Iglesias.

UN CONGRESO MEDICO

Durante estos días se está celebrando en Madrid el Congreso Internacional de Urología. Con este motivo son ilustres visitantes nuestros las primeras figuras de esta importante especialidad. Norteamérica, Inglaterra, Francia, Alemania, etcétera, han enviado a España sus más altos valores científicos. La importancia que tiene para la vida científica española este Congreso es enorme. Los médicos representan en nuestro país una de las profesiones a la vanguardia de la cultura nacional. El ascendente camino que recorre la Medicina española encuentra aquí un nuevo motivo para atestiguar el valor positivo de nuestros hombres de ciencia, que controlan sus conocimientos con la luz de los profesores extranjeros.

sistema nervioso vegetativo y su regulación. A continuación expone una colección de casos clínicos tratados por el método. El segundo capítulo lo dedica al trigémino nasal y el sistema nervioso vegetativo, poniendo de relieve las relaciones entre este nervio y el simpático y deduciendo la influencia del V par. El tercer capítulo trata acerca de la regulación de las corrientes de acción rinógena, y en el cuarto y último, de las vías centrales de estas corrientes.

Excelentemente traducida la obra por el doctor R. Fraile, lleva un prólogo del doctor Sanchís-Banús, en el que de manera certera enfoca el problema de la posición social del médico y estudia el fenómeno del asuerismo y sus raíces de producción.

A. ABAUNZA

La quincena internacional

EDITORIAL

Un puesto difícil

El Gabinete Mac Donald está ocupando el Poder en momentos de verdadera gravedad para el porvenir de la Gran Bretaña. La situación interna, dominada por el insoluble problema del paro forzoso—en aumento constante—, no es precisamente envidiable. La obstinación de los grandes industriales es sostener, y, de ser posible, ampliar sus beneficios, racionalizando a su modo sus fábricas, ha determinado una crisis en las hilaturas de lana del Yorkshire y otra en las de algodón del Lancashire. La «racionalización» consiste meramente, en el primer caso, en reducir los jornales; y en el segundo, en obtener de los operarios que acrecienten su producción y disminuyan el coste, llevando cada uno un mayor número de telares. Los sindicatos obreros rechazan una y otra pretensión; ésta, porque añadirá nuevos contingentes al enorme ejército de desocupados, y aquélla porque, si bien reconocen que la situación de la industria lanera es crítica, saben muy bien que la reducción de jornales no remedia la carencia de mercados ni ofrece solución alguna de carácter general y eficaz.

En el terreno político, el Gobierno laborista ha conseguido la benevolencia de los liberales para la votación de la nueva ley del carbón; pero, en cambio, la actitud del ala extremo izquierda de su propio partido, impaciente ante la moderación—que juzga excesiva—del Gabinete en la cuestión del desarme, y ante la ineficacia de sus iniciativas en el problema del paro, suscita a menudo nuevos incidentes. La proposición de abolir las fuerzas militares aéreas, formulada ante la Cámara de los Comunes, sin previo aviso al Gobierno, por 24 diputados de esa minoría laborista, dió motivo a la reunión más tempestuosa que se haya conocido del grupo parlamentario del partido. Arthur Henderson, actual ministro de Asuntos Exteriores, advirtió a la fracción disidente que tenía que escoger entre respetar las decisiones y la unidad de acción del Labour Parthy o salirse de él. A lo cual el extremista Wheatley replicó que el Gobierno era el primero en hacer caso omiso de las decisiones del partido, y se quejó de que a la minoría constituida por el Independent Labour Party no se le permitiese emitir su opinión ni formular sus críticas. No hay escisión, desde luego, pero el peligro y la amenaza subsisten.

En el terreno internacional, la simbólica visita de Mac Donald a Hoover logró más bien un éxito sentimental que acuerdos concretos, según pudo observarse luego en las discusiones de la Conferencia Naval. El lento y penoso desarrollo de ésta ha proporcionado al Gobierno laborista no pocas zozobras. El escaso resultado logrado al cabo de doce semanas de regateos no debe hacer

olvidar, sin embargo, que a él se deben las más importantes—casi las únicas importantes—concesiones que se han hecho en el curso de la Conferencia mal llamada del Desarme Naval. Las buenas intenciones del Ministerio laborista en la cuestión de la tregua aduanera y de la cooperación económica no han tenido en Ginebra mejor suerte, y se han estrellado ante idénticas barreras de egoísmos nacionalistas de corto alcance.

El panorama imperial está también cargado de nubes. Las negociaciones para el nuevo Tratado Angloegipcio van por buen camino, y con la armoniosa solución de este espinoso problema está dando el laborismo una magnífica lección a los estólidos imperialistas. Pero en la India las cosas cambian. Cambian, desde luego, las circunstancias; el nivel general, el de evolución política, son harto dispares; sobre todo hay un abismo entre la relativa homogeneidad de Egipto y el inextricable «puzzle» de la India. De ahí que Mac Donald pueda desdeñar las acusaciones de «abandono de los intereses británicos en Egipto» que le dirigen los «die-hards», mientras ha de tomar muy en serio el movimiento de resistencia pasiva acaudillado por Gandhi.

Sujeto al timón, obligado a navegar cautelosamente entre tantos arrecifes, sería injusto, sin duda, pedir al Gobierno laborista que bogara, haciendo fuerza de vela, hacia el mar libre de las realizaciones socialistas...

INFORMACION

El parto de los montes

Abierta solemnemente el 21 de enero, la Conferencia de Londres va a clausurar en breve sus trabajos sin pompa y supongo que sin discursos reales. Porque, de ser sinceros y reflejar la realidad, habrían de adoptar un tono funerario desagradable a todos los oídos oficiales.

Durante unos días se volvieron las miradas, anhelantes de un imposible acuerdo, hacia el artículo XVI del Pacto de la Sociedad de las Naciones; no para modificarlo o completarlo, sino para darle siquiera una más amplia interpretación. Fracasó el intento. La Delegación francesa no halló las garantías que pedía para reducir su programa naval. E Italia, permaneciendo en su posición intransigente, insistió hasta el final sobre una paridad teórica que sabe demasiado no poder realizar. El prestigio de los dictadores tiene tales exigencias.

Un documento firmado por las cinco potencias participantes establecerá dentro de unos días el balance: a) De lo que haya sido admitido por todas ellas; b) De lo que sólo han aceptado los Estados Unidos, la Gran Bretaña y el Japón; c) De lo que queda por resolver entre Francia e Italia, eventualmente con la colaboración de la Gran Bretaña.

El acuerdo realizado entre las tres citadas potencias navales comprende una reducción del tonelaje de los *capital ships*, fijación del tonelaje asignado a cada flota para las diferentes clases de cruceros y para el total respectivo de submarinos, «vacaciones» en las construcciones navales hasta 1936 y prolongación del período de servicio útil de los barcos de guerra. «No es despreciable—dice el diario del partido laborista—un resultado que para la Gran Bretaña solamente representa el ahorro de cien millones de libras esterlinas.» Acaso no sea, en efecto, despreciable; pero no es, desde luego, el desarme naval prometido y esperado.

El acuerdo general entre las cinco potencias sólo alcanza puntos técnicos de detalle e importancia secundaria. El más relevante, la «humanización» de la guerra submarina. Una triste farsa.

Oficialmente se añade que «Francia e Italia proseguirán las negociaciones por vía diplomática, con vista a su integración ulterior en el acuerdo general...» Y—farsa máxima—que en cuanto a los puntos sobre los cuales no pudo lograrse el acuerdo, los resultados de los debates a que dieron lugar en las Comisiones serán concretados en resoluciones para uso de la Comisión preparatoria del Desarme en Ginebra.

Parió la montaña un ratón con tres cabezas y cinco rabos. Como consuelo, los pueblos añadirán los gastos del parto a su hoja de contribuciones, en el epígrafe «presupuestos de Guerra y Marina».

El gesto de Gandhi

La pacífica rebelión del nacionalismo indio ha despertado en Occidente—y no sólo en la Gran Bretaña, más directamente interesada—una gran expectación y un vivo movimiento sentimental, apto, por lo mismo, a caer en una de estas dos exageraciones: o ridiculizar el gesto del Mahatma, según ha hecho buena parte de la Prensa inglesa, o aplicar al problema de la India medidas y criterios puramente occidentales, como suele hacerse, por ejemplo, en España.

Sin perjuicio de tratar más a fondo esta cuestión en un próximo número, convendría recordar a los comentaristas que así proceden el verdadero estado de ese gigantesco proceso de liberación política de 350 millones de hombres, unidos por comodidad de nuestra terminología bajo una misma denominación, pero tan diferentes, tan distantes, y con frecuencia tan ferozmente enemigos entre sí.

El gesto de Gandhi es, efectivamente, solemne por su significado, por su trascendencia, que va mucho más allá de la gabela odiosa, del anacrónico monopolio de la sal (existente aún, no lo olvidemos, en países de civilización occidental tan refinada como Francia, donde el acto iniciado por Gandhi y repetido por sus discípulos constituiría tam-

bién un delito). Pero el mayor mérito de Mahatma es haber comprendido, y predicado, que la liberación de la India depende infinitamente más de los indios mismos que del «opresor» británico. Depende de la posibilidad de unión efectiva y solidaria entre hindúes y mahometanos, Sinkhs y Bengalis, brahmines y parias; de la desaparición de las infinitas barreras que les dividen y añaden su crueldad a los obstáculos naturales producidos por las condiciones físicas, geográficas, sociales y por la infinita diversidad de idiomas.

El día en que hayan caído tales barreras, la India será libre, aunque subsista un virrey en Delhi. Gandhi lo sabe, pero muchos comentaristas occidentales parecen olvidarlo.

O. P.

El problema agrario en Rusia

Acaba de publicarse el discurso que Stalin pronunció en el último pleno del Comité Central del partido soviético, en el cual está esbozado el programa de política agraria que el Gobierno soviético ha comenzado a realizar. El programa de Stalin representa la opinión del ala izquierda del partido. Y, simultáneamente, se ha permitido también la publicación del programa de Bucharín, que representa, por el contrario, el ala derecha. Entre uno y otro programa están cifradas las diferencias internas del partido.

Según Stalin, la política agraria depende de los siguientes principios y circunstancias:

1. Proseguir intensamente la reconstrucción de la Industria.
2. Comenzar seriamente la reconstrucción de la Agricultura.
3. Para esto debe intensificarse el movimiento de colectivización y la creación de granjas soviéticas. Las estaciones de tractores deben transformarse en un inmenso organismo de relación de la Industria con la Agricultura.
4. En cuanto a las dificultades para la consecución de cereales en este momento, es preciso una acción de medidas excepcionales, por las cuales, apoyando al pequeño labrador, venzan la resistencia de los «kulaks» (el labrador rico). La primera medida ha de consistir en incautarse de todo el grano que ocultan, lanzándolo al mercado, con lo cual se evitará la importación y se robustecerá la valuta, lo que, a su vez, facilitará el desarrollo de la Industria.
5. Hasta ahora el rol principal en el mercado lo juega todavía la economía individual, representado por los pequeños labradores. Pero es preciso que los consorcios y las colectivizaciones se asimilen la propiedad privada, y sobre este principio comiencen a funcionar más activamente las granjas soviéticas de experimentación, cuyo desarrollo han de fortalecer las estaciones de máquinas agrícolas. El paso de la economía y el trabajo individual al camino de la economía y el trabajo colectivo, que facilitará enormemente la vida del campesino, es urgente.
5. Para alcanzar todo esto se exige, sobre todas las cosas, el desarrollo de la Industria, de la Industria metalúrgica, la Química, la Industria de máquinas, la

fabricación de tractores y de maquinaria agrícola.

Sin estas medidas es imposible la solución del problema del grano y el desarrollo de la industria.

Consecuencia: la reconstrucción de la Agricultura depende del ritmo del desarrollo de la Agricultura.

Frente al plan de Stalin, he aquí el de Bucharín:

1. Normalización del mercado, libertad de transacción y encarecimiento del precio del grano, sin que encarezcan los artículos industriales en los que el grano pudiera influir como materia prima.
2. General desarrollo de la economía individual del labrador y retardación del ritmo con que se van estableciendo la economía colectiva y las granjas soviéticas.
3. En caso de que falte grano para el mercado, importación de trigo y centeno por valor de hasta 100 millones de rublos.
4. Si la valuta no resiste la carga

de la importación de grano, además de lo que pesa sobre ella por importación de maquinaria, es preciso disminuir la importación de maquinaria, limitando al propio tiempo el desarrollo industrial.

Consecuencia: la reconstrucción de la Agricultura depende del desarrollo de la economía individual del agricultor.

Naturalmente, el programa de Stalin quiere asimilar la política agraria al plan de industrialización llamado de los «cinco años», para que la Agricultura crezca en simbiosis con la Industria, ayudándose una a la otra. El plan gigantesco de industrialización supone para 1953 20 millones de automóviles rodando por Rusia y 40.000 tractores trabajando la tierra, entre otros datos. Si se tiene en cuenta que en el primer año ha sido sobrepasada la labor que correspondía para la realización del «plan», puede comprenderse que la política agraria de Stalin, que no es otra que la que Trotski defendía en 1927, haya adquirido una gran preponderancia.

F. F. A.

M U S I C A

SCARLATTI, A TRAVÉS DE CASELLA

por V. SALAS VIU

El magnífico criterio que rige la organización de los conciertos de la Orquesta Sinfónica nos ha permitido oír de nuevo la *Scarlattiana*, de Casella, tan interesante porque en ella se aborda con toda decisión el problema de la «vuelta al siglo XVIII» de casi todos los músicos europeos de hoy. He comenzado elogiando la orquesta que dirige el maestro Arbós porque, realmente, no es una virtud muy prodigada la de saber repetir una obra justamente el número de veces necesario, evitando que caigan en el manoseo, en la cosa manida, obras a las que un excesivo contacto con el auditorio podría perjudicar.

Es interesantísimo fijarse cómo en el siglo de la mecanización y del utilitarismo se ha vuelto «conscientemente» los ojos hacia ese siglo de la gracia y de la frivolidad. Hago resaltar el conscientemente porque conviene que no sea olvidado ni un solo instante: es este un movimiento demasiado intelectual para que pudiera ser confiado únicamente a la palpitante viscera roja. Esta paradoja de la «vuelta a lo antiguo» en una época iconoclasta no es fácil de explicar, aunque hay personas que en seguida resuelven el problema diciéndonos que si los músicos de hoy vuelven hacia los antiguos clavecinistas ello es debido a que de por sí no tienen nada importante que decirnos. Esto se podría creer si no nos diésemos cuenta, lo cual no es difícil, de que diariamente nos lo demuestran, de que estamos en un período de arte resurgente; que no es, ni mucho menos, nuestra época decadente sino constructiva. Cifrándonos al caso concreto de la *Scarlattiana*, de Casella, vemos que no se trata de que este maravilloso músico latino haya dado simplemente una factura moderna a las ideas melódicas del buen Domenico Scarlatti. No se ha tratado en esta obra de sacar un maniquí abandonado en un

museo para hacerle gesticular por el placer de respirar el polvo histórico que de él se desprenda. Si Scarlatti no fuera para nosotros algo fuertemente actual, seguramente Casella no se hubiera acordado de él, de la misma manera que no se acuerda del auleta Sakadas.

Existe cierta afinidad, aún mejor, cierta atracción, entre el siglo XVIII y el XX, porque son los dos extremos del XIX; ahora que hay que tener en cuenta que este último les separa, por lo cual la actitud de ambos es completamente distinta. Todos sabemos cómo la música actual ha tendido a quitar lo superfluo en todos sentidos. Muchas veces, cuando el músico va a comenzar a escribir desarrollando un tema, se da cuenta de que hay de sobra con el tema sólo; he aquí la decadencia, el nulo uso de la forma Sonata entre nuestros músicos.

Respecto de este odio a lo superfluo, a la facundia discursiva de la música, tenemos en España un caso bien claro en Manuel de Falla en sus últimas obras, sobre todo en el *Concierto para clavicémbalo*. ¿Se ha enterado todo el mundo del significado de esta música limpia, de expresión apretada, en la que la divagación no existe?

El siglo XIX pecó de demasiado oratorio y de demasiada preocupación por lo altisonante y lo grandioso. Ahora se procede justamente al revés, y he aquí que al doblarnos sobre el siglo XIX nos encontramos con esa música del XVIII, en que cada una de sus líneas ha sido pacientemente ponderada para conseguir esa gracia y esa «finura» espiritual, y cuando nuestros músicos—sea un Falla en el *Concierto*, sea un Stravinsky en *Pulcinella*—retornan a un Scarlatti o a un Pergolesi, nadie les podrá quitar esa sonrisa irónica, producto de mirar el mismo paisaje desde la perspectiva opuesta.



VIDA ESPAÑOLA

ARAGÓN (Oriol)

El banquete a Oriol responde a las características espectaculares de lo nuevo.

Y fué nuevo por espontáneo, y espontáneamente se celebró «lo nuevo». Y lo nuevo fué de verdad, no por exégesis de lo hermético, sino porque el homenajeado es nuevo de los pies a la cabeza, en carne, hueso y espíritu.

Porque Oriol es una pulida máquina recién salida de los grandes talleres de nuestra Facultad de Medicina para hacer ciencia, y que comienza tan ricamente a funcionar puesta a punto, tan a tono, que se acopla insensiblemente al dinamismo entrenado de los que lo hicieron maestro al enseñarle.

El *Alma Mater* se sentía orgullosa de este muchacho, que es un hombre, un hijo de ella, bueno como los buenos de la sabiduría y de la bondad.

El discurso de Pisuñer así lo demostraba.

No fué el discurso de un catedrático compañero «ya» de claustro, fué el nuevo discurso de los hombres de este tiempo, estén donde estén, alegremente sincero, declarando la parte que había tomado en la formación de Oriol, de cuya participación seguramente el ilustre profesor hará uno de sus más preciados valores personales, con ser muchos los que posee.

Y Oriol... ¿Cómo es este hombre que tan apenas lo es siéndolo tanto?

Simple, raso, natural, honesto, serio, un hombre en su sitio y en su momento.

El que sea más que levante el dedo.

Tiene la elocuencia de él. Nueva. Es decir, tiene toda la elocuencia de la verdad. La oratoria de Oriol es la verdad.

Es grato pensar que, sin ser orador ni elocuente, «como se decía», capte al auditorio sin que éste se fatigue del murmullo monorrítmico en el que se dice la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, y el público aplaude porque ha comprendido, y ha comprendido porque atendió, y ha atendido porque fué simplemente la verdad desnuda, natural, la que expone, sin arroparla con las falsas galas de la oratoria trasnochada con policromía artificial de piostaninos.

Magníficos ropajes para envolverla, pero no para enseñarla; para ocultarla, pero no para acusarla; para guardarla, pero no para hacerla fecunda. Y así es la verdad de Oriol y de su oratoria: fecunda de acción y de dicción.

Dice Platón que lo primero que deben

**A
R
G
I
S**

M libros

P revistas

R impresos

E para la

N banca y

T comercio

Teléfono 40505

Altamirano, 18

hacer los padres en cuanto nace un hijo es instruirle, como el hortelano cuida las más tiernas plantas para gozar de ellas después de grandes.

Buenos o malos, los hombres se vuelven mejor cuando se les enseña.

Los persas enseñaban desde niños el horror a la mentira, como vicio infame.

Sócrates decía que para reformar una República bastaba solamente con desterrar tan nociva costumbre.

En verdad que los nuevos maestros de nuestra Facultad demuestran seguir la senda por donde fueron los muchos sabios que en el mundo han sido.

Esto es lo que, subjetivamente, apreciábamos con alegría: la renovación, la salvación de los prestigios de la cátedra, de la pedagogía superior hollada, mancillada, escarnecida por los pontífices máximos del feudalismo universitario, centralizante en su cacicato y cochura del profesorado local. El cambio redentor del profesorado de Medicina, antiguamente —no mucho— compuesto por oradores policromistas, perifrásicos, gesticulantes, por este de hoy, compuesto por jóvenes seleccionadores, cultivadores, para aprovecharlos de mayores, como quería Platón.

La generación pasada os considera como vengadores del tiempo que aquellos nos hizo perder en perjuicio de todos. Todos están *idos*...: paz a los muertos; pero enterrémoslos bien, para que lo que ellos simbolizaron no infecte la labor pedagógica de los nuevos y ya ilustres maestros.

Subjetivamente también, en este banquete me quité quince años de vida pasada. Recuerdo que, al oír en cátedra las charangas militares, el pasodoble metrónomo de un desfile bélico, un escalofrío recorría mi dermis, horripilado del patriotismo. Durante la oración del amigo Oriol volví a sentir el mismo reflejo, cual si escuchara los claros clarines de la marcha triunfal, de una patria nueva de la que sois los jóvenes los únicos defensores.

Decía Séneca que se habría de mirar mejor con quién se comía que lo que se comía, pues se podía obtener más daño de la mala compañía que de la comida, aunque fuera de poco provecho.

Tened la seguridad que donde sea, con Oriol, se come bien.

AUGUSTO M. ALEND

DOCTRINA Y TÁCTICA

LA UNIÓN DE LAS IZQUIERDAS

por ANTONIO ESPINA

Ante cualquier conciencia política medianamente despierta, la unión de las izquierdas españolas es algo que reclaman por igual los principios doctrinales y las necesidades tácticas del momento.

Podrán discutirse cuanto se quiera las diferencias de credo entre los partidos y grupos, sectores y núcleos que integran el bloque del izquierdismo español. Pero nadie que no sea ciego de nacimiento o de afición, podrá negar la similitud fundamental de aquellos credos que tienen de actitud negativa frente al régimen que gobierna. El republicano de la extrema izquierda, un republicano histórico de los pocos que aún puedan quedar—esos tipos todavía orientados hacia la forma republicana decimonónica y burguesa—y un socialista de la extrema izquierda, lindante con el comunismo, incluso un comunista radical, se conforman en un sentimiento—alguno más o menos común: el antimonarquismo.

Lea usted **NUEVA ESPAÑA**

¿No es cierto?

Pues bien: este sentimiento, este criterio homogéneo y conveniente, que en cualquier ocasión justificaría la unión estrecha para facilitar el logro de un fin tan determinado, se afirma ahora mucho más, dado el país y la situación y cuantía de las fuerzas de izquierda.

Pero no es preciso recurrir como ejemplo a los exponentes extremos del izquierdismo. Si con ello hacemos resaltar con mayor relieve la urgencia del acuerdo, no es lícito olvidar un hecho también indiscutible y significativo. El hecho de que la gran masa intermedia, la que caracteriza en máximas porciones a los dos grandes partidos republicano y socialista, se haya concorde en otros puntos esenciales; a saber: laicismo, parlamentarismo, transformación económica del Estado, regionalismo y federación.

Siendo esto así, como es en efecto, ¿qué obstáculos pueden existir para llegar a una colaboración eficaz entre socialistas y republicanos? Vuelvo a repetir: ninguno. No debe existir ningún obstáculo ante la conciencia leal; ante la conciencia medianamente despierta de cualquier izquierdista.

No creo que merezca la pena hablar de lo que nuestros adversarios consideran «divisiones y celos» en nuestros respectivos campos. Este es un viejo y

ridículo estribillo que la realidad desmiente todos los días, minuto a minuto. A los republicanos no nos separa nada. Nos diferencian, eso sí, apreciaciones secundarias sobre puntos accidentales de doctrina o de programa. Matices que definen, ya al pormenor, la ideología de los varios sectores. Ideologías que, a su vez, demuestran con su flexible peculiaridad la cohesión profunda que a todas las une; porque toda cohesión verdadera se realiza en las masas de una ley de elasticidad, de atracciones y repulsiones que al equilibrio global de la acción forman un organismo contrario de un organismo de ideas rígidas, indisputables y sumas. El haz entero supondría en esto un dogma, un objeto inerte, no un vivo, un sistema orgánico de ideales.

A los socialistas, por su parte, les sucede lo propio. Los que creen advertir con regocijo, incompatibilidades profundas en el seno del partido socialista, por el solo hecho de que sobre tal o cual motivo concreto no se manifieste una absoluta unanimidad, son ciegos incurables o tienen una monstruosa afición a aparentarlo.

En cuanto a la cuestión de táctica o de oportunismo en la colaboración de los dos grandes partidos antimonárquicos, la realidad del momento demuestra bien claramente que la simple duda es

absurda. El momento actual es para emprender con energía una acción combinada el más propicio tal vez de cuantos se han presentado en la vida española desde la Restauración. Debilitados los antiguos partidos monárquicos; desprestigiados políticamente sus primeras figuras o inhibidas de toda actuación por propio designio las que aún conservan aureola y respeto; quebrantado el régimen y ofendida la opinión neutra del país por seis años de desmantelamiento y abuso dictatorial; enardecida, en cambio, la sensibilidad liberal y democrática de España, las circunstancias aconsejan la unión de todas las izquierdas en un solo bloque de defensa y de ataque.

Rumbo a la República y con vistas a ella, no debe haber otro móvil de cooperación que el antimonarquismo. Ni otro acicate que el afán de lograr un cauce democrático definitivo, donde quepan las oligarquías culpables del pasado ni la posibilidad de ignominiosas detenciones del poder público, como la que realizó la dictadura.

La unión, sin fusión ni confusión, de los partidos antimonárquicos es algo que piden a gritos las masas que los constituyen. Si no se las oye es probable que salten sobre los que pretendan contrariarlas e impongan, prescindiendo de mentores, lo que aconseja de ninguno la buena doctrina y el sentido común.

ARGIS.-Altamirano, 18.-Tel. 40505.-MADRID



Un modelo de escenario del teatro moderno alemán
Ayuntamiento de Madrid